

EL BARCO



DE VAPOR

Consuelo Armijo

¡Hasta siempre, batautos!

Ilustraciones de Margarita Menéndez



se

Una vez los Batautos Peluso y Buu estaban jugando a la pelota y la tiraron tan alto, tan alto, que se quedó sobre una nube y nunca más volvió. Hasta que un día, mucho tiempo después, cayó justo, justo sobre ellos.

Los batautos son grandes amigos de los niños, y eso les ha llevado a alcanzar el rango de personajes carismáticos de la literatura infantil actual.



Consuelo Armijo

¡Hasta siempre, batautos!

Serie Azul - 129 (El barco de vapor)

ePUB r1.0

Tiver 17.02.2013

Título original: *¡Hasta siempre, batautos!*

Consuelo Armijo, 2004

Ilustraciones: Margarita Menéndez

Retoque de ilustraciones: Piolin y Orhi

Editor digital: Tiver

ePub base r1.0



Para todos los niños del mundo, pero en especial para aquellos que se sienten rechazados y
buscan consuelo y compañía en los libros.

Para todos ellos de parte de sus amigos que los quieren muchísimo.

UN día, hace muchos años, empecé a escribir libros de batautos y resulta que ¡todavía sigo escribiéndolos! ¿Por qué? ¡Porque me caen simpáticos esos personajes! ¡Porque viven en un mundo bello!

Es verdad que de vez en cuando Erito se enfada y Peluso da algún puntapié en el suelo si algo le ha salido mal. Pero esas cosas son como ondas que la brisa levanta en un gran lago transparente, lleno de calma. Bueno, quizá algún día también caiga algún pedrusco, como la vez que Buu se llevó ese susto tan grandísimo (eso del susto os lo contaré más tarde, porque si os lo cuento ahora, ¿a ver qué pongo en ese capítulo?). Pero, bueno, nada de eso rompe la armonía del mundo de los batautos. El pedrusco hace un chasquido al caer, y luego las ondas se extienden despacio, rítmicas, por la superficie del lago, mientras el susto ya pasado, que me diga, la piedra, cae con calma en su fondo.

Además, el mundo de los batautos también tiene colores, y alegrías y risas, que son como las flores y los árboles que rodean el lago, y que en los días soleados se reflejan en su agua. O, también, como los pájaros que vuelan por encima, y trinan, y pían, y gorgojean.

Y por todo eso sigo escribiendo libros de batautos. Porque me encuentro a gusto con ellos, con su ambiente, con su mundo.

¡Ojalá vosotros también os sintáis a gusto leyendo este libro! ¡Ojalá logre que os sintáis tan bien como yo!

Consuelo Armijo

La pelota arco iris

ARRIBA, muy arriba de varias montañas siamesas había una gran meseta. En primavera estaba llena de flores, pero como era invierno, en vez de flores estaba toda salpicada de cachitos de nieve blanca. La hierba, que se había puesto amarillenta, asomaba entre ellos, y *nubees* grises bajaban de vez en cuando hasta el suelo, tapando a ratos ese gran trozo de meseta, a ratos ese otro más pequeño. Luego, subían, como si estuvieran jugando, dejando ver una gran pradera cubierta de hierba, hielo y nieve.

En esto, en ese solitario paraje, lejos, lejos de toda casa, de toda chimenea, de toda butaca confortable, sonó una voz:

—Pues aquí tampoco está.

Caramba, caramba. Yo diría que era la voz de Peluso. Pero ¿qué hacía Peluso en esos altos lugares en pleno invierno?

—Yo no la veo —chilló otra voz.

¿Sería la de Buu?

En esto, una fría ráfaga de viento se llevó una nube y dos figuras raras, vestidas con unos cinco pares de calcetines, dos de botas, siete bufandas, un cubrenarices con respiradero para respirar, un tapaorejas con trompetas para oír, tres abrigo y otras cosas más, quedaron al descubierto. ¡Eran Peluso y Buu! ¡Claro! ¿Quién, sino ellos, iba a haber subido en pleno invierno por un sendero tan pendiente que parecía un terraplén para llegar a ese desolado lugar?

Peluso y Buu andaban con dificultad, lo cual no era de extrañar dado el número de calcetines y botas que llevaban. Los dos miraban al suelo a través de un cubreojos de lana impermeable con cristales para ver.

¿Pero qué hacían ahí esos dos? Dejadme pensar. ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! ¡Ya sé lo que estaban buscando Peluso y Buu! Os lo voy a explicar:

Olvidaos del invierno y de la nieve, porque todo empezó cuando todavía era verano. Sí, un cálido y luminoso verano lleno de verdes, de amarillos, de rojas amapolas y de cielos azules. Y por si esto fuera poco, a Buu le había traído el Bompaluf^[1] una pelota a rayas con los colores del arco iris.

A Buu le gustaba muchísimo, a rabiarse, pero ¡ay! Nunca jugaba con ella por miedo a que se perdiera o se estropeará. Peluso le criticaba:

—Es como si no la tuviera —decía.

Y es que a Peluso le apetecía horrores jugar con esa pelota.

«Debe de estar preciosa volando por el aire», pensaba. «¡Qué delicia! Lo que me gustaría poderla tirar hacia arriba, hacia abajo, o hacia los lados».

Y un día que Peluso regaló a Buu un tarro de moras rojas, sin madurar, y otro de azúcar para mezclar y que le supieran agridulces, Buu se sintió magnánimo, sacó la pelota de su cofre fuerte, que era una caja de cartón atada con un nudo que solo él sabía desatar, y los dos, Peluso y Buu,

salieron muy alegres a jugar.

Buu tiró la pelota de Peluso y Peluso se puso tan contento al recibirla, que la tiró a su vez alto, muy alto. Peluso bailaba de alegría viendo subir la pelota, con sus brillantes colores refulgiendo bajo el sol.

En esto pasó por ahí Erito. Iba ceñudo, como siempre, paseando despacito con Pizcochón de la mano. Pizcochón vio la pelota y empezó a reír señalándola. Erito miro hacia donde señalaba Pizcochón y, ¡plaf!, la pelota, que le cae en las narices. Y entonces... ¡¡¡PLATAPLOFPLAF!!!

¡Dios mío, qué patada tan fortísima había dado Erito a la pelota! Es que no os lo podéis ni imaginar. Y esta volvió a subir, y a subir, y a subir, y a subir, y a subir muchísimo, ante el deleite de Pizcochón, que lanzaba gorgoritos al aire, y el de Don Ron, que, en esa tarde de verano, en la que los pájaros trinaban, estaba asomado al balcón, con su corona de plata, y vio la pelota allí, arriba, arriba, arriba.



En cambio, Buu, al verla tan lejos, se puso nervioso, y empezó a subir y a bajar los brazos chillando:

—¡Huy, huy, huy!

En cuanto a Peluso, estaba fascinado mirando subir y subir y subir y subir a la pelota como atraída por el reluciente sol veraniego.

Pasó el tiempo. Erito ya había dejado a Pizcochón en su casa y estaba en la suya. Don Ron había cerrado el balcón y estaba aliñando las hojas de un cuaderno para la cena, pues decía que ya estaba harto de tomar siempre hojas de lechuga.

«Quiero saber cómo saben otras hojas», pensaba.

La pelota de tanto subir se había perdido de vista, y Peluso y Buu seguían en el mismo sitio,

mirando hacia arriba, como dos tontos, diciéndose el uno al otro:

—Pues tarde o temprano tendrá que bajar.

En esto... ¡Sí! Algo bajaba por los aires, silbando de deprisa que iba, despertando a los pájaros que huían aterrados. Buu se puso nervioso.

—¡Huy, huy, huy! —decía subiendo y bajando los brazos.

En cambio, Peluso conservó la serenidad y siguió muy serio mirando hacia arriba, aunque ya había oscurecido y casi no se veía.

De pronto se oyó un estruendo y Peluso cayó al suelo, abatido por algo muy grande que se le vino encima.

—¡Huy, huy, huy! —seguía diciendo Buu asustadísimo.

—¡Hola, Buu! —le saludó una voz.

Era Gusi.

—Pero, Gusi, ¿de dónde sales?

—De encima de una nube, donde estaba tomando el fresco.

—Y ¿cómo te subiste a la nube? —quiso saber Buu.

—Por casualidad —contestó Gusi con humildad—. Iba tan tranquilo bordeando el río, cuando tropecé con una chapa y me caí en una colchoneta que estaba ahí olvidada. Reboté, y volví a caer en la colchoneta, reboté...

Y ¡otra vez a la colchoneta! Y venga a caer y a rebotar, y cada vez subía más y más, hasta que una de esas veces no bajé. Me quedé en una nube que en ese momento pasaba por ahí.

Entonces, de debajo de Gusi, salió la voz de Peluso:

—Buu, eso es lo que le ha pasado a la pelota. Se ha quedado en una nube.

Buu decía que no, que no podía ser, porque Erito no tenía fuerza para mandarla tan lejos.

—Bueno, pero la pelota ha podido botar y rebotar hasta alcanzar la nube, porque es de goma y bota y rebota ella sola.

—No —negó Buu—. La habríamos visto. Porque para botar y rebotar, habría tenido que caer, y de caer habría caído aquí, que es de donde salió.

—¡No! —gritó Peluso—. Porque la patada de Erito no fue derecha hacia arriba, sino torcida a la izquierda.

Peluso y Buu estuvieron discutiendo un ratito. Gusi intervenía de vez en cuando, ahora que, eso sí, de una manera muy imparcial: «¡Anda!» o «¡Huy!», decía de vez en cuando, pero como ya era muy tarde y la pelota seguía sin bajar, Buu acabó reconociendo que algo raro debía de haber pasado, y todos se fueron a sus casas a acostarse.

—Lavaos antes los dientes y las orejas —recomendó Peluso, que sabía mucho de higiene.

Al poco rato todos los batautos dormían en Butibato, menos Don Ron, porque le dolía el estómago. Y es que las hojas del cuaderno le habían sentado fatal.

—Vaya, vaya —decía—. Cuánto siento que no me sienten. Ahora que sé cómo saben y me gusta su gusto.

Pero, como era un viejo sabio, se levantó, se tomó un vaso de agua, en el que había hervido unas bellotas peladas, y se le pasó el dolor. Y Don Ron enseguida se durmió como los demás.

Desde entonces Peluso y Buu salían todos los días a buscar la pelota, a ver si ya había caído de la nube, o de donde fuera, pero sin resultado.

Pasó el verano y el otoño, llegó el invierno y la nieve.

Peluso y Buu habían buscado por todos lados, menos en esa alta meseta que había en lo alto de siete montañas siamesas y donde en verano nacían flores y en invierno hacía mucho frío. Así que un día... ¡Sí! Precisamente ese día del que os estaba hablando al principio de este capítulo, se abrigaron bien con unos cinco pares de calcetines, dos pares de botas, siete bufandas, un cubrenarices con respiraderos para respirar, un tapaorejas con trompetas para oír, dos o tres abrigos, y otras cosas más, y allí que subieron, por un sendero tan pendiente que parecía un terraplén, a buscar la pelota. Pero por más que miraron no la encontraron.

Peluso se puso a pensar.

—Tuz, tuz, tuz —dijo rascándose la cabeza, digo, las siete capuchas, pues a la cabeza no llegó—. A lo mejor es que está tapada por algún trozo de nieve y tenemos que buscar debajo.

Buu se puso muy nervioso, pues los montones de nieve eran numerosísimos.

—¡Huy, huy, huy! —dijo subiendo y bajando los brazos, según su costumbre.

Pero enseguida lo dejó, porque, como llevaba dos o tres abrigos, la cosa resultaba muy complicada.

—Se está haciendo tarde y cada vez hace más frío —continuó Peluso rascándose la nariz, digo, el cubrenarices, y, al hacerlo, un dedo se le metió por un agujero del respiradero, y al sacarlo por poco se le caen tres pares de guantes—. Quizá sería mejor que volviéramos otro día, o que esperáramos a primavera cuando se deshaga la nieve.

—¡Eso, eso! —dijo Buu, que estaba incomodísimo con tanta chaqueta, tanta bota y tanto abrigo, y no hacía más que pensar en sus cómodas zapatillas y su batín a cuadros.

Buu echó a correr hacia ese sendero tan pendiente que parecía un terraplén, dispuesto a irse a su casa.

Peluso le siguió, aunque no estaba dispuesto a irse a su casa, sino a la de Buu, para ver si así le convidaba a algún refresco caliente o algo parecido. Y, efectivamente. Al llegar, Buu ofreció a Peluso un té de cerezas humeante.

Y, hete aquí, que estaban los dos tan a gusto tomándose, cuando, en esto, la puerta se abrió, y ¿quién diríais que apareció? ¡Erito! Peluso se llevó un susto tremendo, pues el día anterior había estado comentando por ahí lo fea que era su oreja izquierda.

—Parece un higo seco —había dicho Peluso a unos y a otros.

Y ahora temblaba de miedo.

«Esto es que se ha enterado y viene a vengarse», pensaba Peluso.

Y del susto se atragantó con el té de cerezas. Tosió con la boca llena, y puso perdido de té todo lo que tenía alrededor. Menos mal que Erito no se le había acercado y la ducha no le llegó.

Pero Peluso se equivocaba. Erito no se había enterado de lo de la oreja, y, además, aunque se hubiera enterado, no le habría molestado, porque consideraba que Peluso tenía muy mal gusto y le habría dado igual lo que pensara de su oreja izquierda.

A lo que Erito había ido era a preguntar cuántos años había estado durmiendo la Bella

Durmiente, pues no se acordaba y pensaba contarle ese cuento a Pizcochón antes de que se durmiera.

Peluso lo pasó muy mal, porque él tampoco se acordaba y no quería confesarlo.

—Tuz, tuz, tuz —decía mirando al techo, haciéndose el tonto.

¡Menos mal que Buu sí lo sabía!

—Muchos —dijo.

Y Erito se quedó muy satisfecho.

—¡Es verdad! —exclamó—. ¡No lo había pensado!

«Yo tampoco», iba a decir Peluso, pero se arrepintió y como ya tenía la boca abierta, pues fue y dijo:

—Sinforoso, Ambrosio, Nevado.

Y resultó que nadie le entendió.

—Bueno, me voy —dijo Erito sin hacer caso a Peluso—. Ya sabéis que Pizcochón se acuesta pronto.

Entonces Peluso, que ya se había acabado el té, dijo que se iba también, porque quería colocar su pijama al lado de la chimenea, para que estuviera calentito cuando se lo fuera a poner.

A través de la ventana se veía una luna tan grande y tan bonita, que Buu se animó, se puso tres abrigos y salió a acompañar a sus amigos.

Estaban todos mirando la luna, cuando, en esto, les pareció que una cosa redonda bajaba hacia ellos. Y, conforme iba bajando, nuestros amigos empezaron a distinguir en ella los colores del arco iris. ¡Parecía la pelota de Buu! ¡Qué bonita estaba dando vueltas en el espacio con sus brillantes colores, mientras los rayos blancos de la luna la iluminaban! ¡Sí! Ya no cabía duda. ¡Era la pelota de Buu!

Los tres estaban con la boca abierta mirando hacia arriba, y, en esto, ¡plaf!, la pelota que cae en la boca de Peluso y allí se le queda incrustada.

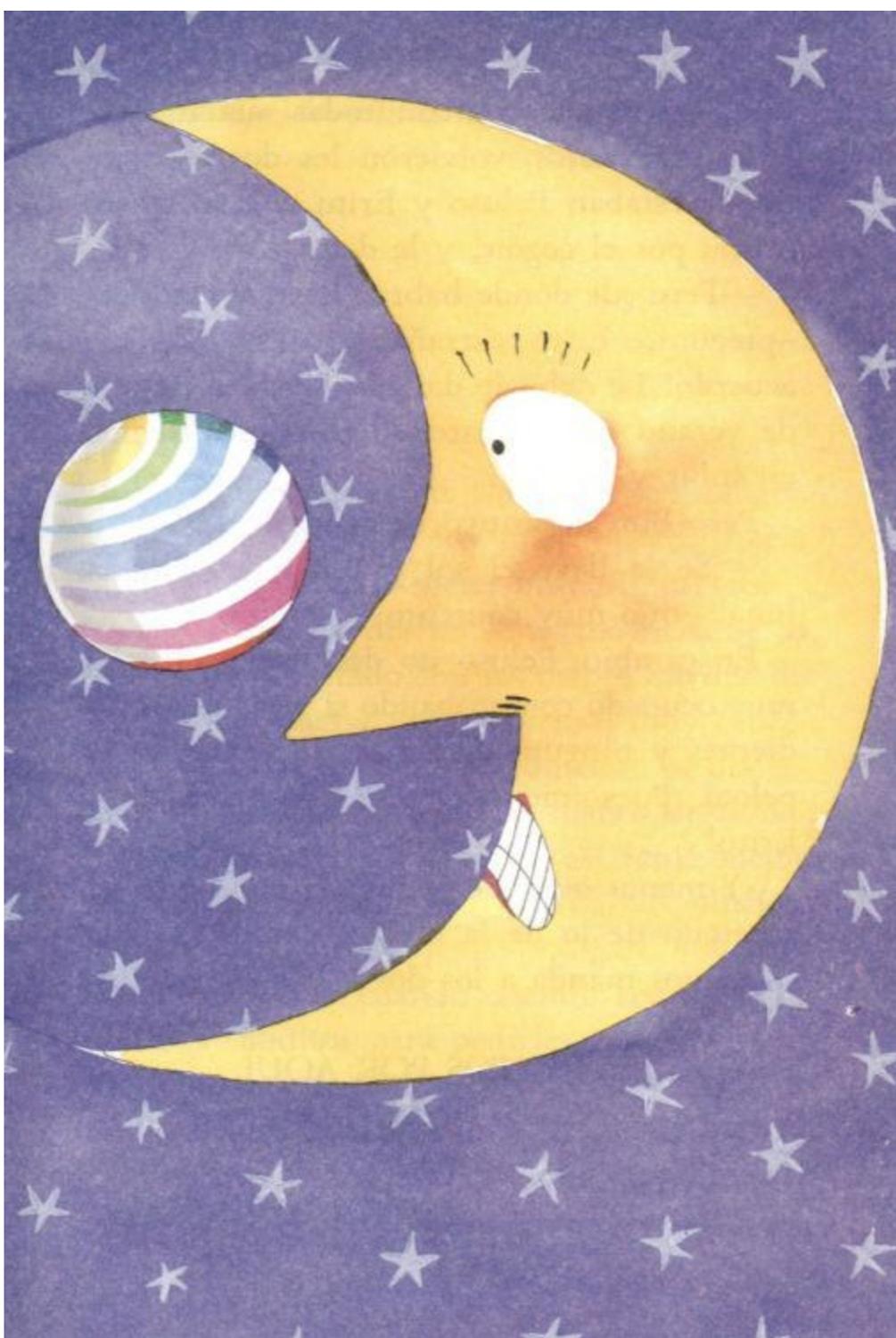
—¡Uuuuuuu! —hacía Peluso asustado.

—¡Huy, huy, huy! —decía Buu, subiendo y bajando los brazos.

Pero Erito no se anduvo por las ramas, y dio tal golpe en la espalda de Peluso, que la pelota salió a todo meter, dispuesta a perderse otra vez. Buu echó a correr cual flecha detrás de ella. (¡Menos mal que solo se había puesto un par de botas, que si no se habría caído!.)

Peluso se quedó preocupado:

«Ahora se pierden Buu y la pelota. Y yo ya estoy harto de buscar», pensaba mientras se levantaba del suelo, donde había ido a parar después del golpe de Erito.



Pero no. La pelota chocó contra un árbol, rebotó y se fue derecha contra la barriga de Buu, que la agarró con todas sus fuerzas.

Y así, abrazados, volvieron los dos rodando donde estaban Peluso y Erito, y este agarró a Buu por el cogote, y le detuvo.

—Pero ¿de dónde habrá salido esa pelota? —preguntó Erito extrañado—. ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! Le debí de dar tan fuerte aquel día de verano que ha tardado todo este tiempo en subir y en bajar.

Pero Buu no estuvo de acuerdo.

—¡Se la llevó el sol y la ha devuelto la luna! —dijo muy contento.

En cambio, Peluso no decía nada. Estaba muy ocupado comprobando si tenía todos los dientes

y ninguno había salido detrás de la pelota. Pues ¡menudo golpe le había dado Erito!

«¡Y menos mal que parece ser que no se ha enterado de lo de la oreja! —pensaba—. Que si no nos manda a los dos a la estratosfera».

¡BATAUTOS POR AQUÍ,
BATAUTOS POR ALLÁ,
JA, JA, JA!

Consejo de ministros

EL asunto era grave. Don Ron se asomaba a la ventana todos los días, miraba hacia arriba y se volvía a meter muy disgustado.

Hasta que un día no se asomó más. Se lo pasó entero sentado con las manos encima de la barriga, piensa que te piensa, muy cabizbajo, y como no halló la solución, al día siguiente decidió cambiar las manos de la barriga a las rodillas, a ver si así tenía mejor suerte; pero nada, siguió sin hallar solución alguna.

Entonces fue cuando decidió reunir a todos sus súbditos para pedirles ayuda.

—Vamos a tener un consejo de ministros —dijo Peluso a Buu cuando se enteró.

Y es que Peluso sabía mucho de política y esas cosas. Pero el pobre Buu, que no sabía tanto, y que, como ya sabéis, se armaba un lío entre ministros y menestras, preguntó:

—¿Y se comen con cuchara o con tenedor?

—¿El qué?

—Las menestras.

—¡Pero Buu! —dijo Peluso con mucha paciencia—. Si las menestras, digo, los ministros, vamos a ser nosotros y no nos vamos a comer.

—¡Ah! ¿Vamos a ser nosotros? —exclamó Buu.

Y se quedó preocupadísimo, porque no sabía cómo era el disfraz de menestra, digo de ministro.

Llegó el día del consejo, y Buu, escondido detrás de la cortina, estuvo mirando a través de la ventana, para ver cómo iba vestido Peluso. Pero Peluso tardaba en salir y Buu se impacientaba.

«Como el disfraz sea muy complicado voy a llegar tarde», pensaba.

Por fin, Peluso salió de su casa y se encaminó a palacio.

Buu se llevó una sorpresa. Si iba con sus pantalones y su camisa de todos los días...

Y sin pensarlo más, salió a su encuentro.

—¡Eh, Peluso! Espérame, que voy contigo —chilló.

Llegaron a casa de Don Ron, o a «palacio», como él lo llamaba. Buu iba con mucha expectación. ¿Qué sería eso de «conejo de menestras»?

Don Ron tenía preparadas varias sillas alrededor de una mesa. En una de esas sillas había tres almohadones. Eran para Pizcochón que también había sido convocado.

Conforme iban llegando, los batautos se sentaban en las sillas y se ponían a hablar los unos con los otros.

—¿Sabes de qué va la cosa? —preguntó un batauto a Buu.

—Creo que de conejos y menestras —dijo Buu dándoselas de muy enterado.

Y el batauto se quedó muy impresionado.

En esto apareció Don Ron. Se sentó en una silla con brazos, que según él era el trono, y dijo:

—Queridos súbditos, os he reunido porque no sé qué hacer.

Y su cara y su voz reflejaban tal inquietud que los ministros enmudecieron preocupados. El primero en hablar fue Peluso.

—Pues podríamos pintar patos —dijo después de haberlo pensado bien.

—O jugar al aro —sugirió Buu animándose—. Es muy divertido.

Erito, en cambio, dijo que lo que desde luego no tenía que hacer era reunirlos a todos para preguntarles esa tontería. Pero los demás batautos no eran de esa opinión y uno decía que lo que Don Ron debía hacer eran gárgaras, para prevenir infecciones en la garganta; otro, que bolillos, pues era muy entretenido; otro, que ganchillo; Gusi, que gimnasia como él, para conservarse ágil. Y, mientras, Pizcochón repetía todo el rato: «Manoplas, manoplas», sin que nadie supiera muy bien por qué.

Don Ron escuchó a todos con mucho interés y educación, y cuando, por fin, las voces se fueron apagando, les espetó:

—Todo eso está muy bien, pero lo que yo digo es: ¿Arreglaría eso el problema?

Un denso silencio se extendió por la habitación. Los batautos estaban desconcertados.

¡Zambombas y panderetas! ¿Lo arreglaría?

Buu miró a Peluso en busca de ayuda, pero este se hizo el distraído, como si estuviera muy ocupado sacando brillo a la uña de su dedo meñique mientras decía bajito: «Tuz, tuz, tuz».

Y entonces, en medio de ese silencio, sonó la voz de Erito que preguntaba:

—Pero ¿qué problema hay que arreglar?

—Ah, pero ¿no os lo he explicado? —preguntó Don Ron—. Pues resulta que cuando me asomo...

¡Pataplún!

¿Cómo no? Gusi se había caído. Pero no os creáis que esta fue una caída normal. ¡Qué va! Se cayó hacia atrás, volcando la silla, dio cuatro volteretas al revés, con silla y todo, luego hubo un balanceo: adelante, atrás, adelante, atrás, y Gusi y la silla cambiaron de dirección, dieron cuatro volteretas al derecho, llegaron al mismo lugar donde estuvieron antes de la caída, y ahí se quedaron como si nada hubiera pasado.

Los demás batautos, que habían seguido con gran expectación el recorrido de Gusi, suspiraron aliviados, y Pizcochón se puso a aplaudir y a reír cuando lo vio sentado otra vez en su sitio.

—¿Estás bien, Gusi? —preguntó Buu algo asustado todavía.

—Yo divinamente. ¿Y tú? —contestó Gusi.

En esto, «tilín, tilín», Don Ron tocó una campanilla que tenía a su lado.

—¡Silencio! —exclamó—. Y ahora decidme: ¿cómo arreglaría el problema?

—Pero ¿qué problema? —volvió a preguntar Erito cada vez de peor humor.

—¡Si os lo acabo de explicar! —respondió Don Ron.

¡Zambombas y panderetas! ¡Nadie le había escuchado!

Erito se cansó del asunto y dijo que se iba, pero no se fue, porque Pizcochón, al ver que se levantaba, se puso a llorar, y, en vista de eso, Erito se quedó, aunque, eso sí, de muy mal humor.



Entonces Peluso, siempre ocurrente, trató de salvar la situación diciendo que lo que había que hacer era pintar las casas cuando llegara la primavera, para que estuvieran bonitas. Don Ron se quedó pensativo. Todos lo miraban con curiosidad. ¿Sería esa la solución?

—¡No! —bramó de repente dando un tremendo puñetazo en la mesa—. ¡Eso no tiene nada que ver con el asunto!

Ante eso Pizcochón se asustó mucho y se puso a llorar fuertísimo. Todos trataron de consolarle.

—Cuchi, cuchi —decía Peluso.

Y Pizcochón, a quien lo de «cuchi, cuchi» no le gustaba nada, seguía llorando cada vez más fuerte.

—Si es que este no es sitio para niños, me voy con él —dijo Erito intentando llevárselo.

Y Pizcochón, que no quería irse, venga a llorar y a agarrarse a la pata de la mesa.

Don Ron, que había estado hablando solo, iba a tocar la campanilla para imponer silencio, pero no pudo, porque Buu la cogió y, haciéndola sonar, se la dio a Pizcochón, que se puso muy contento, dejó de llorar y la empezó a tocar.

—¡Silencio! —le ordenó Don Ron quitándosela.

Todos temblaron.

«Ahora Pizcochón se pondrá a llorar otra vez», pensaron.

Pero no, Pizcochón, en vez de eso, se olvidó de la campanilla y se puso a tirar a Peluso del pantalón.

—Y ahora que os he explicado otra vez el problema, decidme qué hay que hacer para solucionarlo.

¡Zambombas y panderetas! ¿Qué habría explicado? ¡Nadie le había escuchado!

—¡Nada! —chilló Erito, que estaba hartísimo—. Lo mejor es no hacer nada.

Pero Peluso no estuvo de acuerdo.

—Hay que hacer algo —dijo muy convencido.

Y para su gran alegría, Don Ron le dio la razón.

—¡Claro! —dijo—. ¡Algo habrá que hacer! ¡Figuraos que hace más de un mes que no la veo!

Y entonces un rayo de luz vino a iluminar el cerebro de Buu. Precisamente había visto más de cinco veces a Don Ron asomado al balcón, venga a mirar hacia arriba, diciendo muy disgustado: «No está, no está. No la veo».

«¿Y si se asomara por la noche?», se dijo Buu. Y se quedó muy nervioso porque no sabía si habría acertado.

Otra vez el silencio se extendió por la habitación. Buu temblaba y Peluso pensaba: «Pero ¿por qué habrá dicho eso Buu? No viene ni al pelo ni a cuento. Lo que hay que hacer son patatas fritas». Y ya lo iba a decir, cuando un gran alarido resonó por toda la sala.

—¡Sí! —gritó Don Ron levantando los brazos al cielo—. ¿Cómo se me habrá podido olvidar? ¡La luna sale por la noche! —y le entró tal ataque de alegría, que se subió sobre la mesa y dio una voltereta.

Los demás batautos aplaudieron al ver que, por fin, había sido hallada la solución al problema. Aplaudieron todos menos Peluso, que estaba muy asombrado ante el curso que habían tomado los acontecimientos, y Erito, que murmuraba para sus adentros: «Bah, bah, tonterías». Pero, al final, también aplaudieron ellos dos, aunque Erito lo hizo muy bajito y Peluso pensaba: «Con Don Ron ya se sabe, ¡hasta Buu tiene razón!».

—Bueno —dijo Erito—. Puesto que ya está todo solucionado, me marchó. Ya he perdido bastante el tiempo —y se levantó dispuesto a irse.

Pero no se fue, porque Don Ron se bajó corriendo de la mesa y le agarró de una oreja, mientras que con la mano que no cogía la oreja y que, por cierto, era la izquierda, abrió la puerta del comedor. Entonces apareció una mesa llena de... ¡patatas fritas! Y de pasteles, chokolatinas y otras cosas ¡buenísimas! Además, también había bebidas.

Todos corrieron hacia allí y Erito decidió quedarse un ratito porque pensó: «Después de haber soportado el latazo, no me voy a ir ahora». Y Pizcochón se puso muy contento al ver que se quedaba.

Todos comieron, bebieron y felicitaron a Buu. Peluso se decía: «Pues lo de las patatas fritas también era buena idea, ya lo dice la canción: ¡Patatas fritas, patatas fritas, ra, ra, ra!». Pero como quería mucho a Buu se acercó y le dijo:

—¿Sabes que lo de la luna no ha estado nada mal?

Buu se fue a la cama esa noche muy contento, pensando que «los conejos de menestras» eran la mar de divertidos.

LOS BATAUTOS Y EL BATAUTILLO,
¡QUÉ CHIQUITILLOS!

El trébol de cuatro hojas

PELUSO estaba muy serio con la cabeza entre las manos. Peluso pensaba. Y pensando, pensando, pensó qué pasaría si hubiera una plaga de botellas, botellas por todas partes.

Y venga a pensar, y venga a darle vueltas, y... Peluso ya no pudo más, y corrió a contárselo a Buu.

—Imagínate, Buu —le dijo—, que ibas de paseo y apenas podías andar porque todo el suelo estaba lleno de botellas. Entonces, volvías a tu casa, abrías un armario y, ¡plaf!, salían rodando un montón de botellas. Llegaba la noche, te querías acostar, y no podías porque tu cama estaba llena de botellas.

Buu estaba muy asustado.

—¿Y por qué iba a pasar eso? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! —dijo Peluso. «Este Buu se debe de creer que yo lo sé todo», pensó con mucha paciencia.

Buu se puso nervioso, y empezó a buscar cubos grandes donde meter las botellas y poder llevárselas a otro lado. Pero, de repente, se paró y preguntó:

—¿Y de qué estarían llenas las botellas? —y es que a Buu le gustaba mucho la limonada.

—De nada. Estarían vacías —contestó Peluso, que se las había imaginado así.

—¡Huy! —exclamó Buu.

—Claro —dijo Peluso— que todavía podían pasar cosas peores.

—¡Huy, huy, huy! —chilló Buu subiendo y bajando los brazos.

—Porque figúrate —siguió Peluso— que desaparecieran todos nuestros pantalones.

Buu miró su redonda barriga, y su no menos redondo trasero, se los imaginó sin pantalones, y la cosa no le hizo ninguna gracia. Corrió a su armario y... ¡Mira que si al abrirlo salían botellas! Buu dudaba asustado. Por fin se decidió, lo abrió y... ¡Oh alegría! Allí estaban todos sus pantalones, y de botellas nada.

Cuando volvió, ya más tranquilo, Peluso se puso a hablar de terremotos y plagas de langostas. Y Buu se puso nerviosísimo otra vez.

—Lo que hay que hacer —concluyó Peluso— es buscar un trébol de cuatro hojas, que da buena suerte. Así no nos pasará nada de eso.

Buu no había visto un trébol en su vida, lo cual no es de extrañar, pues en Butibato no había tréboles.

—¿Y cómo son? —preguntó.

—Pues son unas plantas verdes que tienen tres hojas, y no sirven, porque las que dan buena suerte son las de cuatro.

Buu no lo entendió muy bien, pero dijo «¡Ah!» para no parecer tonto.

—Pues vamos a buscar uno, pero tiene que ser de cuatro hojas —exclamó Peluso muy decidido saliendo de la casa—. Tú ve por ahí —le dijo a Buu, que le había seguido—. Yo iré por

allí. A ver quién lo encuentra —y nuestros amigos se separaron.

Buu iba muy preocupado. Si los tréboles tenían tres hojas y no servían, ¿para qué los iban a buscar? Y si tenían tres, ¿cómo iban a tener cuatro?

—Claro que a veces pasan cosas muy raras. He oído decir que entre unos seres raros llamados personas hay algunos que, cuando discuten, parece que ladran, como si fueran otra clase de seres raros que tienen rabo. A lo mejor a los tréboles les pasa algo parecido y les sale otra hoja cuando están a la sombra, o cuando les cae una gota encima, o algo así.

Y Buu empezó a mirar al suelo, a ver qué planta tenía aspecto de ser un trébol, pero nada, ninguna se lo parecía.

—Porque esta es una margarita, está clarísimo, y esta otra una espiga —decía—, y todo eso es hierba.

Y venga a andar, y venga a andar. Venga a mirar el suelo, y Buu empezaba a estar harto. En esto vio tres hojas caídas, que no eran ni hierba, ni margaritas, ni nada parecido, y un poco más allá una cuarta hoja.

«Son las hojas de un árbol», pensó Buu.

Y eso era exactamente lo que eran. Pero como Buu estaba hartísimo, se dijo que a lo mejor no, que a lo mejor eran hojas de trébol.

«Porque como no sé cómo es un trébol, todo puede ser», siguió pensando. «A lo mejor se parecen mucho a los árboles».

Así que cogió las cuatro hojas, las ató con un rabo de cereza que llevaba en el bolsillo y se dirigió a su casa.

Ahí se encontró a Peluso muy nervioso y preocupado.

—No he podido encontrar un trébol de cuatro hojas. ¿Y tú?

Buu mostró su hallazgo.

—Creo que sí —dijo sin mucha seguridad.

Peluso cogió las cuatro hojas, que parecían de árbol, atadas por un rabo de cereza, y las examinó de arriba abajo, de derecha a izquierda, por delante y por detrás. Buu esperaba ansioso. Peluso seguía mirando las hojas con cara seria y, por fin, dijo muy seguro:

—Sí, esto es un trébol de cuatro hojas.

¡Hay que ver lo que sabía Peluso de tréboles!

¿O no?

Buu se llevó una alegría. Corrió a poner las hojas en agua y preguntó:



—Entonces, ¿ya no se nos va a llenar la casa de botellas ni nada de eso?

—Casi seguro que no —respondió Peluso—. Yo diría que seguro que no.

Y Buu se puso más contento todavía, y, sin poderlo remediar, agarró a Peluso por la manos y los dos estuvieron un rato dando brincos.

Y resultó que Peluso tuvo razón. Butibato no se llenó de botellas, ni hubo terremotos, ni plagas de langostas, ni a Buu le desaparecieron sus pantalones. Todo siguió tranquilo, como siempre. ¡Qué listo era Peluso!

¿O no?

¡PLAGA DE BOTELLAS!

¡VAYA UNA IDEA!

El gran día

DON Ron llevaba mucho, muchísimo tiempo, anunciando que se acercaba el gran día.

—Un día de estos será el gran día —solía decir, sobre todo los jueves después de comer.

Y todos los que le escuchaban le daban la razón y se mostraban interesados por el tema.

—Ah, ah —decía, por ejemplo, Buu cada vez que le oía.

Solamente Erito fruncía el ceño y comentaba:

—Bah, bah, tonterías.

Pero a pesar de ser una cosa tan sumamente anunciada, o, quizá, porque ya todo el mundo se había acostumbrado a que se anunciase y nunca llegara, para todos resultó ser una sorpresa cuando, por fin, vino el gran día.

Lo notaron porque amaneció a las dos de la mañana, y Don Ron, asomado al balcón, brillaba como si le hubieran encendido una bombilla por dentro.

—Extraordinario, extraordinario —decía Peluso, que sabía mucho de astronomía y de la hora en que amanecía cada día. Ah, y por supuesto, también de electricidad y de bombillas.

Y Erito, con el ceño fruncido, decía que no se lo creía y que ahí había alguna trampa. Pero al final se tuvo que rendir ante la evidencia. ¡El gran día había llegado!

—Será la primera vez que tenga razón ese viejo loco —dijo malhumorado, pues no le había gustado que la luz del sol le hubiera despertado tan temprano.

En cambio, Peluso estaba muy emocionado.

—Habrà que hacer algo —decía excitadísimo.

—Se pueden hacer muchas cosas —le tranquilizó Buu—. Es muy temprano.

Sí, solamente eran las dos y media de la mañana, aunque el sol brillaba ya en todo su esplendor. Todos los batautos se habían levantado y habían salido a comentar lo extraordinario del asunto, y, como siempre en esos casos, estaban reunidos a la puerta de la casa de Don Ron, que se encontraba en el balcón, casi tan brillante como el sol.

Peluso, que ya estaba nerviosísimo, se puso en plan de organizar la cosa.

—Lo primero es cantar un himno al astro sol —dijo—. ¡A la una, a las dos, y a las tres!

Pero como nadie sabía ningún himno al sol, nadie cantó. Solo Buu hizo un intento:

—¡Aaaaa, aaaa! —chilló lo más armónicamente que pudo. Pero como ningún batauto le siguió, enseguida se calló. Y Erito se puso de mal humor.

—Lo que yo voy a hacer es irme a mi casa, cerrar bien las persianas y dormir. Vosotros os podéis quedar perdiendo el tiempo y chillando: «¡Aaaa!».

Y ya se iba cuando...

—Muy bien. Cada cual haga lo que le dé la gana —gritó Don Ron—. Y yo el primero.

Y de un salto se subió a la barandilla del balcón y empezó a bailar una samba a la vez que cantaba.

Todos los batautos se quedaron paralizados del susto. Erito también, y, claro, con eso «del

paralís», no pudo irse.

—¡Pero, Don Ron, bájese de ahí! —chilló Peluso.

—Como tú quieras —dijo Don Ron.

Y sin dudarle, se tiró de la barandilla del balcón abajo, y fue a caer encima del pobre Gusi, que se llevó un susto tremendo, y también se cayó.

Pizcochón reía, y Buu empezó a subir y bajar los brazos diciendo:

—¡Huy, huy, huy!

Peluso salió corriendo hacia su casa por su botiquín. Erito, en cambio, corrió hacia Don Ron y lo levantó. Luego, también levantó a Gusi, que, como estaba algo aturdido, se volvió a caer inmediatamente. Y lo mejor fue que ninguno de los dos se había hecho nada. Don Ron, porque había caído encima de Gusi, que era muy blandito, y Gusi, porque ya estaba muy acostumbrado a caerse y no se hacía daño. Así que, cuando Peluso volvió, corriendo a todo correr, resultó que su botiquín no sirvió para nada, y se quedó algo chafado. Claro que más chafado se quedó cuando Don Ron le dijo:

—Ahora te toca a ti hacer algo. Lo que te dé la gana. ¡Vamos, haz algo! ¡Vamos, vamos!

Al pobre Peluso no se le ocurría nada, pero como no quería quedar mal, pensó que alguna cosa tendría que hacer, así que se tumbó en el suelo, y luego se levantó, y luego se volvió a tumbar, y luego se volvió a levantar. Todo el mundo le miraba muy serio, sin entender muy bien por qué Peluso hacía eso.

«Porque la verdad es que gracia no tiene ninguna», pensaba Buu, que, a pesar de su amistad, solía ser muy imparcial.

Y Peluso venga a tumbarse y a levantarse, porque ya no sabía cómo dejarlo.

«Sí, lo mejor era cantar el himno al sol y dejarse de pamplinas», se decía Peluso, que estaba cansadísimo.

Buu estaba preocupado.

«Mira que si se pasa así todo el día, con lo temprano que es todavía», pensaba.

Pero, en esto, Don Ron se hartó y chilló:

—¡Firme! ¡He dicho que firme!

Y Peluso se levantó, y se quedó muy tieso.

Buu aplaudió de puro contento que se puso, al ver que Peluso por fin dejaba de tumbarse y levantarse. Algunos batautos, que también se alegraron, le imitaron. Peluso saludó, y pensó que, después de todo, la cosa no debía de haber resultado tan mal.

«Si lo importante no es lo que se haga, sino que se haga con gracia», pensaba.

—Ahora te toca a ti —dijo entonces Don Ron a Buu—. ¡Vamos, haz algo!

Y Buu se quedó muy parado. ¡Había estado tan preocupado mirando a Peluso, que no tenía nada preparado!

—Venga, venga —le decían los otros batautos.

Y Buu, que no sabía qué hacer, empezó a dar vueltas en redondo, y venga a dar vueltas, y venga a dar vueltas, y Dios sabe hasta cuándo habría estado dando vueltas, si Erito no se hubiera hartado, y no le hubiera puesto la zancadilla. Buu se cayó cuan largo era, y los batautos

aplaudieron mucho este final.

Buu se levantó, haciendo como si se hubiera tirado al suelo a propósito, y saludó como Peluso, pensando también que, a lo mejor, la cosa no había estado del todo mal.

Pero Don Ron sí pensaba que la cosa estaba saliendo mal, y empezó a estar menos reluciente, como si la bombillita de dentro se estuviera apagando. Entonces... ¿Sería que se dio cuenta y quiso poner remedio? El caso es que, de repente, sin que nadie le dijera nada, Erito se puso en cuclillas y empezó a saltar, piando como un pajarillo:

—Pío, pío, pío —hacía Erito.

El pasmo se apoderó de todos. Solo Pizcochón reía encantado.

«No le va nada —pensaba Peluso—. Con la cara que tiene, lo del pajarito no le va nada».

Pero a Don Ron le gustó la cosa y se volvió a iluminar otra vez. Erito acabó con un gorjeo:

—Ririri —hizo. Y se volvió a poner de pie.

Todos, hasta Peluso, al que no le había gustado demasiado, le aplaudieron, pues Don Ron relucía otra vez como el sol. Además, Buu dijo:

—Un pájaro con el ceño fruncido no se ve todos los días.

Apenas había Erito acabado su actuación, cuando, ¡plaf!, Gusi que se cae de narices y da tres vueltas sobre ellas con gran limpieza.

—¡Bravo, bravo! —decía Don Ron.

Y tan contento se puso, que se le encendió una bombilla roja en la oreja izquierda.

A partir de ese momento, la cosa se animó muchísimo: Un batauto se puso a hacer el pino, otro la rana, otro el payaso y otro decía que era un sapo. Pizcochón, sentado en el suelo, agitaba las piernas al aire; Peluso y Buu, cogidos por la cintura, se pusieron a bailar la conga. Todos se divertían menos Erito, que los miraba muy serio, con el ceño fruncido.

—¡Vaya horas de hacer tonterías! —decía.

Pero el tiempo pasó y pasó, y ¡lo que son las cosas! Nadie se acordó del desayuno. En esto se oyó un «Ooooooh» y luego un aplauso general. Un batauto, que había estado todo el tiempo intentando mover las narices, por fin había conseguido ponerlas al revés, o sea, con los agujeros para arriba. El que más reía y aplaudía era Pizcochón, que le miraba embobado, pero, en esto, lo dejó y se puso a señalar hacia arriba.



—¡Oooooooh! —decía Pizcochón.

Todos levantaron la vista y...

—¡Oooooooh! —resonó.

En la alta chimenea de la casa de Don Ron estaba Gusi con los brazos en alto sosteniéndose con un solo pie.

«Ahora se cae y aplasta a tres o cuatro», pensó Erito enfadado.

Pero esta vez se equivocó. Gusi no se cayó, o mejor dicho, a lo mejor sí, a lo mejor se cayó, pero como aquel era un día extraordinario, extendió los brazos y bajó planeando dulcemente, para un lado, para el otro, como si fuera una hoja de papel, y con toda suavidad fue a posar su barriga sobre la cabeza de Erito, donde se quedó balanceándose en perfecto equilibrio.

—¡Vaya! ¡Ha tenido que ir a parar encima de mí! —murmuró Erito agarrándole y poniéndole en el suelo de mal humor—. Seguro que me ha despeinado.

Así llegó el mediodía y los batautos seguían sin acordarse del almuerzo. Pero Don Ron sí, Don Ron se acordó de que llevaba años preparando la comida del gran día. Dio dos sonoras palmadas y dijo a los batautos que le siguieran. Todos le obedecieron con mucha expectación. ¿Qué iría a pasar?

Don Ron los llevó a una habitación de su palacio, donde nadie había estado antes.

Allí había una mesa puesta por Don Ron desde hacía tanto tiempo que los platos y los vasos se habían llenado de telarañas. También había telarañas colgando del techo. A Pizcochón le dio miedo, empezó a llorar, y Erito tuvo que hacer otra vez de pajarito para que se callara.

Luego, todos se sentaron, y cada cual se limpió su plato y su vaso con la servilleta, menos Pizcochón, al que se los limpió Erito.

La comida fue magnífica. En cuanto acababan un plato, Don Ron se metía detrás de una cortina y sacaba otro y luego otro, y luego otro, y así hasta nueve. Debía de tener escondido un frigorífico mágico, o algo así, porque los alimentos estaban frescos y buenísimos, y ¡oh sorpresa!, algunos hasta salían humeantes.

Después vinieron los postres, que fueron dieciocho. Y es que Don Ron llevaba un larguísimo tiempo preparando y preparando esa comida, y había guisado mucho, mucho, muchísimo.

Pero lo mejor fue que, a pesar de comer tanto, nadie se empachó. Ya lo dijo Don Ron antes de empezar:

—Hoy podéis comer todo lo que queráis, porque es el gran día y nadie se empachará.

Cuando acabaron con los postres, como ya era hora de merendar, Don Ron sirvió chocolate, y empezó a sacar churros, y venga churros. Unos churros extraordinarios, que en vez de forma de churro tenían forma de flores y sabían a rosquillas.

Después de merendar, como habían madrugado tanto y además tenían la tripa muy llena, todos se tumbaron al sol, que todavía lucía, a echarse la siesta de después de comer, ya que habían estado muy ocupados y no pudieron echársela a su debido tiempo.

Peluso se durmió y roncó, y Erito dijo que se iba porque hacía mucho ruido, pero no se fue, porque a pesar de todo estaba muy a gusto con el calorcito del sol y todo eso. Luego, como todavía seguía luciendo el sol, jugaron. ¡Lo que se divirtieron! ¡No hubo juego al que no jugaran! Corrían muchísimo y no se cansaban, pero lo más extraordinario fue que todos ganaban.

—Aquí debe de haber alguna trampa —decía Erito, que no las tenía todas consigo—. Esto es cosa de Peluso que es un tramposo.

Pero nadie le hizo caso, y siguieron jugando y ganando hasta las doce y tres cuartos, que oscureció. Entonces, cada cual se fue a su casa y se acostó sin cenar, porque ya no era la hora y porque después de la comida y de la merienda ya nadie tenía hambre.

El gran día fue verdaderamente un gran día.

LAS DOCE Y TRES CUARTOS,
Y DE DÍA.
¡QUÉ MARAVILLA!

Peluso tenía razón

¡QUÉ extraño! Ya era más de media mañana y nadie había visto ni oído a Peluso.

«Se habrá quedado en su casa», pensó Buu tranquilizándose.

Pero el caso era que Peluso siempre salía, y hablaba, y armaba jaleo. Así que Buu decidió ir a verle y aclarar el misterio.

Y efectivamente eso hizo, pero no aclaró nada. Bueno, Peluso estaba en casa, eso sí. Estaba sentado en una butaca, con las manos en las rodillas, los ojos entornados, respirando profundamente.

—¡Hola, Peluso! —dijo Buu contento de verle.

—Ssshhh... —contestó Peluso mandándole callar.

Buu le miro extrañado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Ssshhh... —contestó Peluso.

Buu no sabía qué hacer. Miró fijamente a su amigo, y desde luego estaba bien. ¡Menudos colores tenía! Además, había desayunado chocolate, estaba claro, porque, como no se había limpiado con la servilleta, tenía un bigote de color chocolate.

«Y cuando uno desayuna chocolate es que está bien», pensó Buu. «Si no, toma manzanilla o una purga para purgarse».

Lo que ahora preocupaba a Buu no era la salud de Peluso, sino lo que iba a pasar cuando dejara de estar sentado en la butaca, con las manos en las rodillas, los ojos entornados y respirando profundamente.

«Porque seguro que está tramando algo raro. Si no, no se pondría así», se decía Buu ya camino de su casa.

—¿Cómo está Peluso? ¿Qué le pasa? —le preguntaron los demás batautos.

—Pues Peluso está sentado en una butaca, con las manos en las rodillas, los ojos entornados y respirando profundamente —contestó Buu.

Y todos se quedaron la mar de preocupados, menos Don Ron, que aseguró:

—En trance, eso es que está en trance. Cuando salga será más guapo.

Pero Buu no las tenía todas consigo.

—Pues, si cuando sale del trance me viene con historias, no le pienso hacer caso. ¡Hay que ver el día que me dio la vez que se empeñó en que todo se iba a llenar de botellas!

El tiempo pasaba y nada sucedía. Buu empezaba a pensar que, a lo mejor, no había razón para alarmarse y que lo único que quería Peluso era pasar un ratito cómodo, con las manos en las rodillas, los ojos entornados y respirando profundamente. Pero en esto, se dio la vuelta y... ¡Allí estaba Peluso! Su pelo revuelto, sus ojos fijos en algún punto lejano, todo él tenía un aspecto fantasmal.

—¡Huy! —chilló Buu.

Pero enseguida se calló, y, como si nada hubiera ocurrido, se fue al cuarto de baño a atusarse el pelo, que estaba de punta.

—Buu —dijo Peluso, que le había seguido—, lo he visto claro.

—Y yo también —aseguró Buu dispuesto a no dejarse achantar.

—Va a venir.

—Ya —dijo Buu.

—Hay que avisar a todos y salir corriendo.

—¡Qué corran los galgos! —chilló Buu, a quien Peluso le había hablado últimamente de esos animales.

Peluso le miró ofendido.

—Luego no digas que no te lo he advertido —dijo. Y se fue.

Buu respiró tranquilo. Se miró al espejo y quedó muy satisfecho, porque su pelo ya estaba completamente pegado a su cabeza.

Por el bosque descubrió batautos corriendo, se ve que Peluso los había convencido. Buu sonrió y empezó a preparar la comida, cuando, en esto, llegó. ¡Estaba allí, muy cerca! ¡Peluso tenía razón!

—¡Huy, huy, huy! —dijo Buu subiendo y bajando los brazos.

Y sin pensarlo más, agarró el portante y salió corriendo.



El pobre Buu corría y corría, pero la ola amarillenta le seguía y le seguía, cada vez más alta, cada vez más fiera. Los demás batautos, hasta el patoso de Gusi, ya estaban lejos, en cambio la ola cada vez estaba más cerca. En esto Buu vio a Peluso que corría hacia él. Sí, corría muy deprisa sobre dos largas ramas de un árbol, que usaba como si fueran zancos.

Peluso agarró a Buu, y como tenía esas piernas, o esas ramas, o, mejor dicho, las dos cosas, que juntas resultaban tan largas, en dos zancadas lo arrastró lejos de allí.

Todos los batautos aplaudieron al verlo, pero no se les oyó, porque en ese mismo momento, ¡plaf!, la ola explotó con gran estrépito, arrastrando todo lo que tenía alrededor, lanzando espumarajos por aquí y por allá, hasta que, por fin, se paró, se quedó tranquila y formó una laguna amarilla.

Los batautos volvieron a aplaudir, y, esta vez, sí se les oyó. Buu corrió a abrazar a Peluso, pero no pudo, porque, como este no estaba acostumbrado a andar sobre ramas, se cayó en ese momento. Pero enseguida se levantó, y los dos se abrazaron muy fuerte. Para una vez que Buu no hacía caso a Peluso, resultó que ¡Peluso tenía razón!

Luego todos fueron a ver la laguna amarilla. ¡Era una laguna de natillas! ¡La ola había sido una ola de natillas!

—Pues ahora mismo nos la zampamos, que ya es hora, ¡y pasada!, de comer —dijo Don Ron.

Y todos fueron a sus casas a por cucharas.

En Butibato vieron a Erito, que se había quedado tan ancho en su casa, pero que estaba de muy mal humor, porque, como la ola había pasado por encima, le había ensuciado las ventanas de amarillo. En realidad todo Butibato estaba pringoso y manchado de natillas.

—Habrà que limpiarlo —dijo Don Ron.

Pero lo peor no fue eso, lo peor fue que la ola se había llevado la pelota de Pizcochón, y este se enfadó. Erito le regaló otra, pero Pizcochón no se conformaba. Solo se le pasó el enfado, cuando lo batautos acabaron de comerse la laguna, y allí, en el fondo, apareció ¡la pelota de Pizcochón!

LA OLA ERA AMARILLA
PORQUE ¡ERA DE NATILLAS!

Los juegos de Pizcochón

BUU había estado trabajando desde por la mañana temprano preparando potaje de judías, garbanzos y popochat ^[2] y ahora estaba sentado debajo de un árbol descansando un rato. En el cielo azul había *nubees* blancas que pasaban lentamente, y las hojas de los árboles cantaban y bailaban al compás del vientecillo que soplabá.

En esto, el viento dejó de soplar y las hojas dejaron de cantar.

—Pues los pájaros ^[3] trinan haga viento o no —dijo Buu mirándolas con reproche.

Pero ellas no le hicieron ni caso y siguieron quietas, desparramando su verdor por todas partes. Pero como Buu tenía ganas de oír cosas bonitas, se levantó y fue en busca de pájaros.

Miró en todas las ramas pero no encontró ninguno. Parecía que se habían marchado todos en algún viaje de turismo o algo así. En esto Buu oyó algo que le gustó muchísimo. Era Pizcochón que estaba jugando. Corría de acá para allá riéndose mucho y, luego, volvía de allá para acá riéndose más. Su risa sonaba tan alegre, tan bonita, que Buu se sentó por ahí cerca y se olvidó de los pájaros.

Y resultó que Peluso pasó por allí y oyó a Pizcochón, y vio a Buu escuchándole cómodamente, y, bueno, yo no sé adonde iría, pero el caso es que lo dejó y se sentó al lado de Buu a oír la risa de Pizcochón.

Y poco a poco Peluso y Buu empezaron a hablar. La risa de Pizcochón, como música de fondo, les inspiraba. Hablaron sobre el color del cielo, azul de día y rojo al atardecer.

Y del agua del río, que al correr hace «traclata, traclata». En esto, Peluso y Buu se pusieron a discutir sobre su color. Peluso decía que las cosas que tenía debajo le prestaban el suyo, pero Buu decía que no, que eran las de arriba, pues había visto a un árbol teñir de verde el agua del río, y los dos amigos no se ponían de acuerdo. Pero todavía se armó más jaleo cuando se preguntaron por qué esa agua se escapaba entre los dedos y no se dejaba coger. Buu decía que porque era muy escurridiza, y Peluso, que sabía mucho, que porque era líquida. Pero Buu le contestó que ni hablar, porque una vez él liquidó en media hora una caja de bombones, y a la caja se la podía seguir cogiendo perfectamente, y Peluso, que sabía mucho, estaba perplejo. ¡Vaya problema!

Pizcochón se había cansado de correr y estaba muy serio sentado en el suelo. Jugaba con unas piedras, habla que te hablarás él solo. Peluso y Buu decidieron seguir ahí sentados escuchando, pues el parloteo de Pizcochón mientras jugaba también resultaba bonito.

Y entonces, como quien no quiere la cosa, Peluso y Buu se enzarzaron en una discusión tremenda sobre lo líquido y lo gaseoso, o la gaseosa, como decía Buu, que también decía que estaba buenísima y que se podía beber, y Peluso que no, que solo se puede beber lo líquido, y Buu se enfadó y le dijo que ya no le iba a convidar a tomar más gaseosa a su casa.

—Pero es que la gaseosa no es gaseosa. Es líquida —explicaba Peluso.

—¿En qué quedamos? —decía Buu, que no se enteraba.

Y estaban en esas, cuando apareció Gusi, resbaló y se cayó. A Pizcochón esto le pareció tan

divertido que él también se tiró al suelo. Gusi se levantó y, no sé si lo haría a propósito, por jugar, pero el caso es que ¡otra vez a tierra que se fue! Y Pizcochón también, detrás de él. «Pon, pon», hicieron los dos.

—Es que son sólidos, por eso suenan así —aseguró Peluso, que sabía mucho.

—¡Vete a paseo! —dijo Buu, que estaba algo malhumorado con ese lío de que la gaseosa no era gaseosa.

—¡Con mucho gusto! —contestó Peluso levantándose para irse. Y es que los «pon, pon» de las caídas eran unos ruidos que no le estaban gustando nada.

Para colmo, en una de esas, Pizcochón se hizo daño y empezó a llorar a gritos muy poco armoniosos. En vista de eso, Buu también se levantó para marcharse, pero en esto apareció Don Ron, y dijo que ni hablar, que ninguno de los dos se iba mientras Pizcochón llorara, y los puso a desfilarse para consolarle.

—¡Un dos, un dos! —decía Don Ron moviendo los brazos para marcar el paso.

Peluso y Buu desfilaban al compás. Pizcochón dejó de llorar y empezó a reír. A lo lejos, los «pon, pon» de alguna que otra caída de Gusi, que ya iba camino de su casa, parecían salvadas. Todo estaba saliendo muy bien. Pero al fin, Don Ron, cansado de mover los brazos, dijo que el desfile había acabado. Peluso y Buu ya se marchaban, cada cual por su lado, y Pizcochón iba a ponerse a llorar otra vez cuando, lo que son las cosas, apareció Erito con su ceño muy fruncido y de bastante mal humor, porque las zapatillas se le habían quedado pequeñas, y eso debía de querer decir que le habían crecido los pies, lo cual no hacía ninguna falta. Erito los miró fulminantemente y todos temblaron, menos Pizcochón, que le sonrió.



Erito no sabía muy bien lo que había pasado, pero como había visto a Pizcochón haciendo pucheritos la armó: «Que si eso no eran formas de tratar a los niños, que si patatín, que si patatán, y

que si eran todos tontos».

—Un dos, un dos... —volvió a decir Don Ron en vista de eso, muy asustado y moviendo los brazos para marcar el paso.

Peluso y Buu empezaron a desfilar al compás, como antes lo habían hecho. Y Buu pensaba que en menudo jaleo se había metido, porque ¡vaya usted a saber hasta cuándo iba a tener que estar desfilando! Pero el más preocupado de todos era Don Ron, porque se le había torcido la corona y no podía ponérsela derecha, ocupados como tenía los brazos. Y la corona cada vez se le torcía más, hasta que se le quedó colgando de una oreja.

—Un dos, un dos... —seguía diciendo Don Ron moviendo los brazos de arriba abajo, y con la corona en la oreja.

Erito los miraba a todos con el ceño fruncido y vio a Don Ron y a la corona en su oreja, y entonces tuvo una idea.

—¡iiiiiiii! —relinchó.

Los demás, al oírle, se llevaron un susto morrocotudo.

—¿Qué irá a pasar ahora? —se preguntaban—. ¿Querrá organizar un desfile de caballería?

Erito se acercó a Pizcochón, lo aupó, lo sentó a caballo sobre sus hombros y se alejó trotando.

Los gritos de alegría de Pizcochón resonaron en todo Butibato, y Don Ron dejó de mover los brazos, se puso la corona sobre la cabeza, y se quedó a gustísimo.

Peluso y Buu también se alegraron y todos se marcharon a sus casas a comer, porque ya era hora.

Don Ron fue el primero que llegó, porque vivía muy cerca, y ese día comió tres aceitunas, un huevo frito y siete rábanos.

¡VIVAN LOS BATAUTOS! ¡VIVAN!
¡HAY QUE VER QUÉ BIEN DESFILAN!

El camino que unas veces viene y otras va

PELUSO había terminado de coser todos sus calcetines y de limpiar sus zapatos (cosa que casi nunca terminaba, porque casi nunca empezaba) y estaba pensando qué sería lo que iba a hacer a continuación. Tendría que ser algo divertido para compensar lo aburrido de las anteriores tareas. Entonces se le ocurrió que podría dar un paseo a caballo, como los daba Napoleón, que ¡mira que iba a caballo ese señor! El gran inconveniente era que en Butibato no había caballos, pero Peluso no era de esa clase de seres que se dejan vencer fácilmente. Fue a su cuarto, y con una hoja de papel se hizo un sombrero de tres picos, como los que llevaba Napoleón. Luego, como los capotes que usaba ese señor eran muy largos, se puso la bata de salir de la cama, y, por último, se calzó una botas (las de agua, porque no tenía otras). Y así, con bata y botas, el batauto Peluso se montó a caballo en una silla.

—Donde no hay pan, buenas son tortas —dijo Peluso, que sabía mucho. ¡Hasta refranes!

Lo malo fue que al poco rato se dio cuenta de que la silla no andaba. Y es que Peluso era muy listo. ¿O no?

—Vaya, vaya, hay que poner remedio —dijo Peluso, que ya sabemos que no se dejaba vencer fácilmente.

Y después de pensar un ratito halló la solución.

—Si la silla no anda sola, la empujaré con los pies.

Así lo hizo, y, efectivamente, la silla anduvo.

Peluso se puso contentísimo. Y andando, andando, o mejor dicho, cabalgando, cabalgando, salió de su casa y se encontró con Pizcochón, que le dijo que eso se hacía sobre el palo de una escoba, que era mucho más fácil.

Al principio Peluso se quedó algo chafado, pero luego pensó que no, porque la escoba no tenía cuatro patas como los caballos, en cambio, la silla sí, y se alejó de allí galopando a grandes velocidades, y armando un escándalo tremendo.

En esto, se encontró a Buu.

—Peluso, ¿qué haces? —dijo Buu.

—Dar un paseo a caballo —contestó Peluso.

Buu se quedó admirado.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

Peluso le miró con desconfianza.

—Pero ¿tú sabes montar?

El pobre Buu tenía algunas dudas sobre el tema.

—A lo mejor sí —respondió.

Peluso también dudaba. Él nunca se fiaba demasiado de Buu, pero como quería mucho a su amigo, le dijo:

—Pues coge una silla y vente. ¡Ah! y procura vestirme a propósito.

Buu fue corriendo a su casa, y se puso a toda prisa su mejor traje de fiesta. Luego cogió una silla y salió a reunirse con Peluso.

¡Qué divertido era! «Cotocló, cotocló», hacían los dos.

Tanto ruido armaron que Don Ron pensó que había tormenta y, corriendo, cerró todas las ventanas y persianas, para que no entrara ningún rayo. Y, como se quedó a oscuras, decidió aprovechar y dormirse, pues así ya lo tenía hecho cuando fuera de noche, y entonces podría ponerse a bailar, que seguro que le apetecía más.

Pero cuando bajó las persianas, vio a Peluso y a Buu montados cada cual en una silla y pensó:

«¡Mira que esos dos irse por ahí a caballo con esta tormenta! Pues cuando vuelvan les voy a regañar por insensatos».

Mas luego no lo hizo, porque se le olvidó.

Y «cabalgando, cabalgando», Peluso y Buu pasaron delante de la casa de Erito, que salió para ver quién armaba tanto ruido, y los «caballos» por poco le atropellan.

—¡Peluso y Buu tenían que ser! —dijo—. ¡Me lo debí de suponer!

Y Erito se volvió a meter, dando un portazo tremendo.

También Gusi, desde su ventana, vio a Peluso y a Buu «cabalgando» y se quedó fascinado, y con ganas de hacer algo parecido. Estuvo cavilando mucho rato, y por fin decidió sacar una alfombra fuera de su casa, y subirse en ella, a ver si salía volando, como Peluso decía que pasaba en ciertos lugares. Así que fue por la alfombra de su salón y tiró de ella con todas sus fuerzas, pero como tenía los pies encima, al levantarse la alfombra, también se levantaron sus pies, se cayó hacia atrás, y al hacerlo, como seguía agarrado al borde de la alfombra con las manos, continuó levantándose con más y más impulso, hasta que la alfombra lo envolvió y ambos salieron a gran velocidad por la puerta principal, rueda que te rodarás.

Gusi estaba encantado. Iban tan deprisa que parecía enteramente que volaban. Además, la alfombra, gruesa y blandita, le protegía de los roces de las piedras y otras cosas que había en el suelo.

«Así da gusto», pensaba Gusi. «¡Esto es viajar en primera!».

Mientras tanto, Peluso y Buu habían descubierto un camino nuevo por el que nunca habían ido hasta entonces.

—¡Qué raro! —dijo Buu—. ¡Un camino tan lejos! Si ya no vive nadie por aquí.

—Es que los caminos no siempre van donde vive alguien —dijo Peluso.

—Bueno —contestó Buu—. Pero no empiezan en mitad de la hierba, donde no hay nada.

—A lo mejor es que no empieza aquí, sino que acaba.

—¡Y qué más da! —chilló Buu subiendo y bajando los brazos, mientras las holgadas mangas de su traje de fiesta volaban en el aire dándole un aspecto fantasmal—. El caso es que tampoco acaban en un lugar como este.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso muy sereno—. El caso es que aquí está.

Y Buu se tuvo que rendir ante la evidencia.

—¿Por qué no lo seguimos para ver adonde va? —preguntó.

—O de dónde viene —siguió Peluso erre que erre.

Y Buu se armó un lío, se puso nervioso y tiró tan fuerte del respaldo de la silla, o sea de las riendas, que la silla, que me diga, el caballo, se encabritó, se puso a dos patas y Buu se cayó.

«Ya decía yo que no debía de saber montar», pensaba Peluso con mucha paciencia, mientras Buu volvía a subirse algo avergonzado.

—Soo, soo —decía Peluso, que sabía mucho, al caballo de Buu—. Vamos ya —añadió cuando su amigo estuvo montado de nuevo.

Esta vez Buu tuvo buen cuidado de tirar suavemente de las riendas, y el caballo no se encabritó. Así que los dos, encantados, se encaminaron al camino cabalgando.

Nuestros amigos iban muy serios, sin saber ninguno de ellos a ciencia cierta si estaban yendo o viniendo.

«Pues da igual», se dijo Buu. «Yo voy a ver lo que hay al otro lado del camino y ya está».

En esto, apareció un cacto grande, con muchas ramas y pinchos. Peluso quiso pintarlo, pero no pudo, porque no había llevado pinturas. Buu se alegró.

—Si te hubieras puesto a pintar, igual no llegábamos al final del camino —dijo.

—O al principio —le recordó Peluso.

—Eso depende de cómo se mire —chilló Buu muy nervioso, en plan de discutir.

—Eso —contestó Peluso muy tranquilo—. Si se mira de frente como estamos ahora es el final, pero si se da uno la vuelta y se mira hacia el lado contrario es el principio.

Ante esta explicación, Buu se mareó y se volvió a caer del caballo.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso, con mucha paciencia, ayudándole a subir.

El pobre Buu siguió cabalgando, con la cabeza gacha y las palmas de las manos doloridas de tanto caerse de bruces.

Al poco rato llegaron a un sitio sorprendente. El campo, en vez de hierba, estaba lleno de estrellas azules que brillaban mucho y desprendían un frescor muy agradable.

—Buen sitio para venir en verano —dijo Buu ya algo más animado.

Y Peluso dijo que eso sí que era una cosa bonita de pintar y que había sido un tonto no trayéndose los pinceles.

—Lo puedes pintar de memoria —le consoló Buu.



Peluso iba a contestar, pero justo entonces llegaron al final del camino (o ¿sería el principio?). Bueno, el caso es que allí estaban nuestros dos amigos y ¿sabéis lo que había? Pues una casa. Los dos descabalaron.

—¿De quién será? —preguntó Peluso. Llamaron a la puerta, pero nadie contestó. Miraron por las ventanas, pero como estaba oscuro, no vieron nada. ¡Vaya misterio!

—¿Qué hacemos? —preguntó Buu excitadísimo.

—Pues volvemos, porque ya se está haciendo tarde —dijo Peluso.

—¿Y la casa?

—No, la casa se queda.

—¿Y se lo diremos a los demás?

—¡Ca! ¡Ni hablar! Será un secreto entre tú y yo.

Buu se puso contento. Los secretos siempre le gustaban y este era uno de los buenos.

Cabalgaron otra vez. Dejaron atrás las estrellas azules y el cacto con sus bonitas ramas. En esto Peluso dijo:

—Buu, alguien está alargando el camino. Antes acababa aquí, y ahora sigue más allá.

—Es que a lo mejor no acababa, sino que empezaba —dijo Buu a mala idea, para armar jaleo. Y efectivamente, Peluso se armó un jaleo tremendo.

—Los caminos empiezan o acaban según al sitio que vayas. Si vas al sitio del principio empiezan al final, y si vas al sitio del final empiezan al principio —dijo de bastante mal humor.

Ante esto a Buu le entro el mareo. Se agarró a Peluso para no caerse y resultó que se cayeron los dos.

«No vuelvo a dar más paseos a caballo con Buu», pensaba Peluso. «No sabe montar».

Y Buu, muy achantado, para que Peluso le perdonara, dijo que sí, que tenía razón, que si un camino empieza al final, tiene que acabar al principio.

—Y además es verdad. Ahora es más largo —añadió mientras se volvían a montar.

—¡Claro que sí! —exclamó Peluso.

—A lo mejor es que está sin terminar —dijo Buu, y enseguida añadió—: O sin empezar.

Y en esto, ¡pum! Yo no sé si es que Peluso no se esperaba eso de que el camino estaba sin empezar, o si es que tropezó, el caso es que se cayó otra vez del caballo.

«Se ha mareado», pensó Buu, y se inclinó para ayudarlo.

Pero entonces, desde el suelo se oyó la voz de Peluso que decía:

—No es que esté sin empezar, es que a lo mejor han empezado por el final. Y ¡pum! Buu que se marea, y en vez de ayudarlo, se le cae encima.

«Ahora sí que Peluso se va a enfadar conmigo», pensaba Buu.

Pero no. Esta vez, Peluso, que sabía mucho, decidió tomarse la cosa deportivamente y se levantó como si nada.

—Lo importante es participar —le dijo a Buu, que no entendió nada—. Caerse o no caerse es lo de menos.

Pero Buu no estaba de acuerdo con esto último, pues además de las manos, ya le dolía el trasero, y propuso:

—Como los caballos deben de estar cansados, ¿por qué no vamos andando lo que nos queda de camino?

A Peluso le pareció bien la idea, pero quiso precisar:

—O lo que nos falta.

Ante esto Buu se mareó, pero no se cayó porque todavía no se había levantado.

Ambos entraron en Butibato arrastrando las sillas. Erito les vio llegar llenos de polvo. Además, Buu tenía un cardenal cerca de la ceja y estaba hecho una pena con su traje de fiesta todo arrugado. Erito se imaginó lo que había pasado, y sonrió para sus adentros.

«Lo tienen bien empleado por armar escándalos», se dijo.

Don Ron, que como se acababa de despertar, los había visto mientras abría las persianas. «Pero

¿de dónde habrán sacado esos dos esos caballos tan delgados? ¡Si están en los huesos!», pensó Don Ron.

Y al verlos, Pizcochón se dijo que si Peluso le hubiera hecho caso y hubiera cabalgado sobre el palo de una escoba, no se habría caído.

Desde ese día Peluso y Buu se guiñaban un ojo de vez en cuando sin que nadie supiera por qué. Era para recordarse que tenían un secreto. A los dos les entraba mucha risa y a Erito le daba mucha rabia.

Llegó el verano y los batautos se quitaron las camisetas, menos Don Ron que no se la quitó, sino que, además, se puso una coraza protectora, porque decía que había que tener cuidado con los cambios de estación.

A Pizcochón Erito le había hecho una camisola blanca, muy larga, y estaba muy gracioso corriendo con ella.

Y un día todos los batautos recibieron una invitación. Era de Don Ron. Los invitaba a la inauguración de su palacio de verano, y les indicaba que debían ir por un camino nuevo que había a la derecha de su casa.

Peluso y Buu corrieron a comentar la noticia.

—¿Será la casa que vimos el palacio de verano de Don Ron? —preguntó Buu.

Peluso dijo que a lo mejor.

—¿Y será el camino nuevo que hay a la derecha de la casa de Don Ron ese que recorrimos juntos, y que ya está acabado? —siguió Buu.

—Sí, ya deben de haber acabado el principio —dijo Peluso.

Pero Buu ya se había acostumbrado a ese tema y no se mareó.

Al día siguiente nuestros amigos empezaron a andar por el camino indicado, y ¡sí! ¡Buu había acertado! Ahí estaba el cacto con muchas ramas y pinchos, y ¡Peluso, otra vez, se había ido sin su caja de pinturas!

—No hay tiempo de pintar nada —le dijo Buu—. Llegarías tarde a la inauguración.

Luego llegaron al lugar donde en vez de hierba había estrellas azules que desprendían frescor. Los demás batautos comentaban lo bonito y agradable que era, y Peluso y Buu, como habían decidido guardar el secreto, se hacían los tontos.

—¡Qué sorpresa, qué sorpresa! ¡Mira que haber estrellas en vez de hierba! —decían.

Y se guiñaban un ojo.

Luego llegaron a la casa y Peluso hizo como si se quedara pasmado, y le salió tan bien que por poco se desmaya.

—¡Oh, oh, oh! —decía.

Guiñó un ojo a Buu. Y Erito, que le vio, se enfadó y dijo que era bobo.

Los batautos lo pasaron muy bien en la fiesta de inauguración. Don Ron se quedó a vivir allí el resto del verano, y como los batautos lo querían mucho, y el sitio era tan bonito, iban a verlo muchas tardes.

Peluso, que se nombró guía oficial, siempre los acompañaba. Se ponía bata y botas, y así revestido, les explicaba que el palacio era de estilo napoleónico, pero, sobre todo, se entretenía

mucho explicando cómo el camino a veces empezaba y otras acababa en el mismo sitio.

—Depende si vamos o venimos —decía Peluso a los batautos.

UNA BATA, UNAS BOTAS Y UN BATAUTO...

¿QUIÉN PUEDE SER? ¡PELUSO!

Actos culturales

PELUSO estaba preocupado, y es que como era tan listo y leía tanto, se había enterado de que en ciertos lugares lejanos se celebraban conferencias, funciones de teatro, exposiciones de pintura, etcétera, etcétera. En cambio, en Butibato no había nada parecido.

—Esto no puede ser —se dijo Peluso. Y decidió organizar un día cultural.

Se pasó toda una tarde y toda una noche confeccionando el programa, y por fin, a la mañana siguiente, Peluso, exhausto por el esfuerzo, colgó de todos los árboles del bosque, y de la puerta de la casa de Don Ron, el siguiente anuncio:

Dentro de tres días a partir de ayer, o sea, pasado mañana, y para que no se diga que los batautos de Butibato no somos cultos, será el día cultural, en el que habrá diversos actos cultos, todos ellos en favor de la cultura, y que demostrarán la «culteza» de los batautos. Para más información consultar Peluso.

Al poco rato los batautos habían leído el anuncio y estaban la mar de agitados. Sobre todo Buu, que andaba por ahí subiendo y bajando los brazos mientras decía: «Huy, huy, huy». Pero luego lo dejó y fue corriendo a informarse.

Mas ¡qué contrariedad! En casa de Peluso había cola para consultarle. Buu se moría de nervios siendo el último de todos. Pero enseguida dejó de ser el último, porque se pusieron otros detrás, y luego, poco a poco, pasó a ser el primero, y por fin, entró a consultar a Peluso y se enteró de que tenía que dar una conferencia sobre las canicas y sus colores, hacer una obra de arte para la exposición y, además, a las tres de esa tarde debía ir a ensayar, porque había sido escogido como actor para una obra de teatro.

Buu se marchó de casa de Peluso más nervioso de lo que había entrado, y, por el camino, tropezó con Don Ron, que, como se le habían perdido las gafas, no había podido enterarse de lo que ponía en los anuncios. Ahora por fin las había encontrado (las gafas) y los había leído (los anuncios), pero seguía sin enterarse, así que corría a que Peluso le informara.

—Lo primero de todo será la apertura del día por Su Majestad D. Ron I, que es usted —le espetó Peluso cuando pasó a consultarle.

Y Don Ron siguió sin enterarse y se fue preocupadísimo.

Claro que mucho peor fue lo de Erito, que no fue a informarse, y el pobre Peluso, a pesar de lo muy cansado que estaba, tuvo que ir a su casa para informarle a él. Peluso fue bastante mal recibido, porque Erito no quería información y decía que todo era una tontería, y Peluso le tuvo que informar a la fuerza.

El resto del día y el siguiente todo fue actividad. Cada batauto se hallaba ocupado ensayando la obra de teatro y preparando todo lo demás.

Don Ron había consultado un libro mágico, llamado diccionario, que tenía en su desván, y se había enterado de que «apertura» quería decir «abertura o acción de abrir»; así que andaba muy

atareado buscando entre sus llaves alguna que tuviera el letrero de «llave del día cultural».

—Aquí pone: «Llave de la caja fuerte». Aquí: «Llave de la caja débil». Aquí: «Llave para entrar». Aquí: «Llave para salir». Pero ¿dónde está la llave del día cultural?

En esto la puerta se abrió, y Peluso, que como era tan listo se había quedado preocupado al ver la cara de pasmado con que Don Ron salió de su casa, entró a darle una información suplementaria. Y Don Ron por fin se enteró de lo que tenía que hacer, y desde entonces anduvo todavía más atareado.

¡Por fin amaneció el día cultural! ¿He dicho «amaneció»? Bueno, a lo mejor sí había amanecido, pero el caso es que no se veía ni torta, todo estaba oscuro y los batautos, desconcertados.

En esto sonó un pito tres veces. Era Don Ron quien lo había tocado y, una vez hecho esto, empezó a descorrer un toldo. Un toldo enorme que estaba sujeto en los árboles y casas, y lo cubría todo. Un toldo precioso de colores brillantes que él mismo había fabricado cosiendo sus capas reales. Y conforme iba descorriendo el toldo, fue apareciendo el sol y el día se abrió. Todo salió muy bien. Los batautos aplaudieron y Peluso respiró satisfecho.

Entonces Buu habló de las canicas, esas bolas de cristales de colores brillantes y transparentes. Unas azules como un cielo sin *nubees*, otras rojas como ascuas de un fuego que no quema y otras verdes —el color preferido de Buu— como las hojas de los árboles o el misterioso fondo del mar.

—Además —siguió Buu—, ¿os habéis fijado que cuando están limpias y brillantes se parecen a los caramelos a medio chupar? Esos dulces cántaros rodados en nuestra boca en vez de en los ríos...

¡Había que ver de todo lo que se había informado Buu para dar la conferencia!

Pero Peluso, que sabía mucho, le corrigió:

—No son cántaros rodados sino cantos radabellos, digo rodaballos.^[4]

A mí me parece que Peluso, a pesar de lo mucho que sabía, tampoco tenía muy claro el tema de los cantos, y resultó que ahí nadie se aclaró entre los cántaros y los rodaballos, pero, a pesar de todo, la comparación de las canicas y los caramelos a medio chupar gustó mucho, y el resto de la conferencia también, y Peluso pensó que el día estaba siendo un éxito y que él lo había organizado muy bien.

Después, fue el mismo Peluso el que empezó a hablar. Su tema era las patatas crudas, fritas y cocidas. Peluso habló y habló.

Entre otras muchas cosas dijo que las patatas tenían minerales como el hierro, y Erito chilló que no se lo creía, que él nunca había visto hierro dentro de una patata; pero Peluso no le hizo caso, y siguió hablando y hablando, y Erito se cansó y se fue a dar un paseo por el pinar. Cuando volvió, después de haberse pasado por su casa a tomar unas galletas, Peluso seguía hablando. Ahora iba por las patatas fritas. Don Ron se había dormido y sus ronquidos acompañaban la charla. Gusi estaba explicando a Buu la forma de convertirse en un batauto rodado. Pizcochón jugaba con las canicas que Buu había llevado como muestra. Un grupo de batautos se había puesto a jugar a «Ahora te tiro esta china, a ver si la coges» y Peluso hablaba y hablaba, hasta que Erito se hartó y chilló:

—¡Qué ya esta bien, Peluso!

Y yo creo que fue casualidad, pero el caso es que, a los pocos minutos, Peluso acabó su discurso, y todos se alegraron muchísimo.

Entonces fueron cerca del río a comer un culto almuerzo que Peluso había preparado a base de patatas, y al verlas Peluso se animó, y empezó a hablar otra vez sobre ellas. Al poco rato estaba solo, habla que te hablarás, con la boca llena (de patatas, claro está) mientras los demás batautos, a prudente distancia, comían tranquilamente.

Entonces Peluso se acercó a Buu, que era su amigo íntimo, para hablarle de patatas, y Buu dio una gran prueba de amistad, pues en vez de salir corriendo, se quedó escuchándole.

—Las patatas se pueden comer crudas, fritas o cocidas, pero también asadas, en tortilla, en ensalada, con judías verdes, con tomate... —y Peluso seguía y seguía.

—No me digas, no me digas —contestaba Buu.

Cuando el almuerzo se hubo acabado, Gusi hizo una exhibición gimnástica. La cosa fue muy bien. Gusi hacía un ejercicio tras otro sin caerse y, cuando lo acababa, una gran ovación resonaba en todo Butibato. Se acercaba el momento final, el más emocionante, el ejercicio más difícil. Los batautos contuvieron el aliento cuando Gusi empezó a levantar lentamente el pie izquierdo y... «Cric, crac, porrón», sonó, y luego: «Cataclac y catapón». Gusi se cayó y siguió cayéndose, tan sonora y rítmicamente que los batautos empezaron a dar palmas para acompañarle, y Gusi pensaba: «Me caeré, pero con gracia. ¡Si hasta me jalean y todo!».

En esto se hizo el silencio. Gusi había recuperado el equilibrio y, muy despacio, con gran habilidad, hizo limpiamente el difícil ejercicio gimnástico. Una gran ovación premió su actuación. Gusi estaba contentísimo y Peluso también.

«¡Qué bien organizado está todo!», pensaba.

Después, fue Pizcochón el que se subió a un tronco para recitar una poesía. Y... bueno, ¡arrasó! Todos aplaudían y gritaban «Bravo, bravo» cuando Pizcochón, muy serio, hubo dicho a grito pelado:

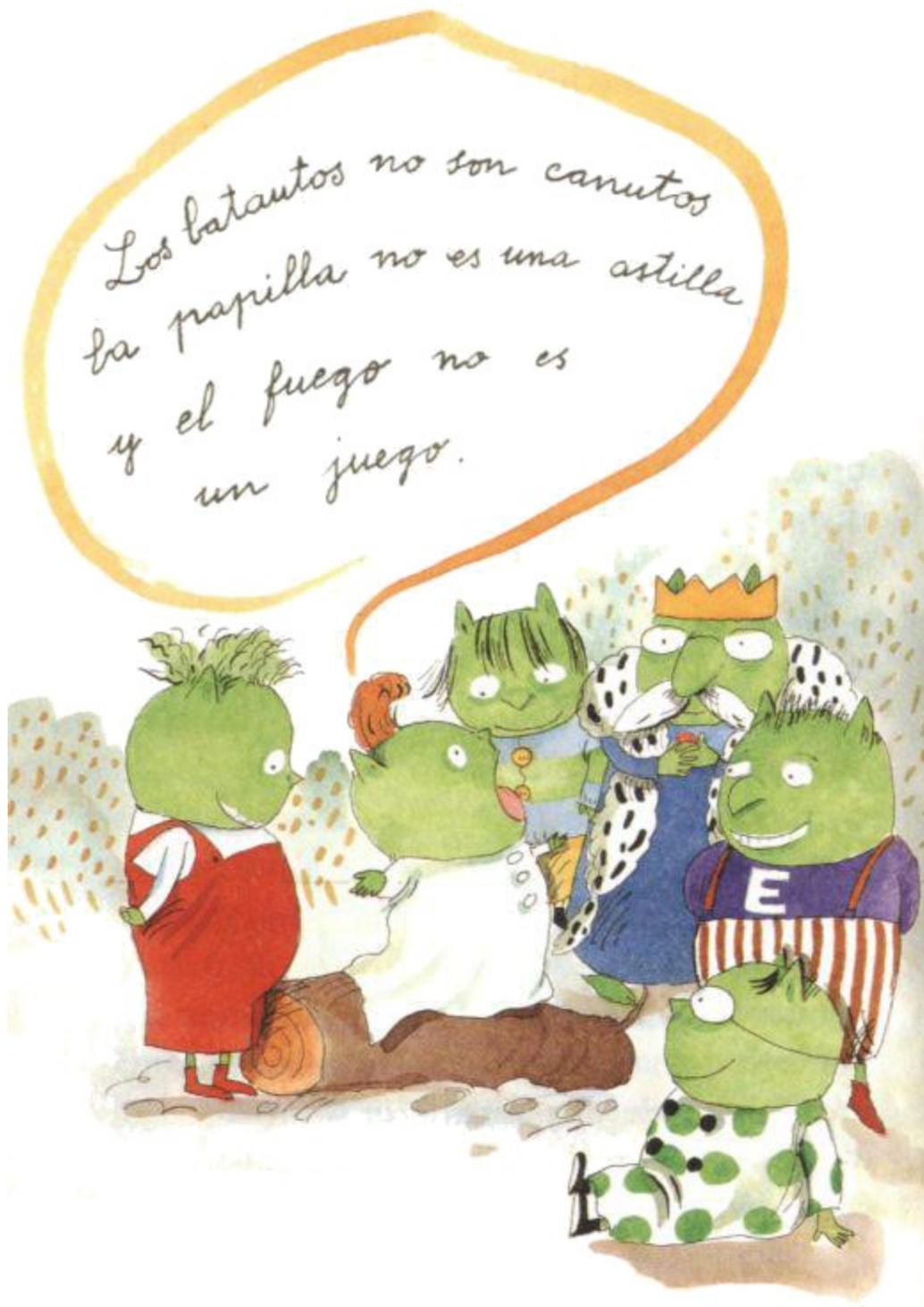
Los batautos no son canutos.

La papilla no es una astilla

y el fuego no es un juego.

A Erito se le cayó la baba, y tuvo que ir a su casa a limpiarse porque no había llevado pañuelo.

Luego, pasaron a ver la exposición de obras de arte. Había un cuadro de un lagarto, una estatua de una zanahoria y un calcetín de punto. ¡Seguro que lo había hecho Don Ron!



En un rincón un batauto estaba, sopla que sopla, creando continuamente trozos de viento.

—¡Qué maravilla, qué maravilla! —decía Peluso yendo de acá para allá muy ilusionado. Pero lo que a él más le gustaba era una piedra pintada de marrón, que representaba una patata y que él mismo había hecho.

Luego vino la función de teatro en la que Buu hacía de capitán de avión; Peluso, de ejecutivo de empresa, y Don Ron, de titiritero. ¡Todos tenían un papel!

Al que mejor le salió fue a Erito que hacía de Bella Durmiente, bueno, a decir verdad, él bello, lo que se dice bello, no era, pero, eso sí, se acomodó en un rincón y ahí se quedó durmiendo profundamente todo el rato.

En cambio, el que peor lo hizo fue Peluso, que tenía que hablar sobre empresas, pero se

equivoco y habló de patatas. ¡Menos mal que nadie se enteró porque todos estaban muy ocupados haciendo sus papeles!

Por fin la función acabó, pero nadie aplaudió porque no había espectadores. ¡Todos habían sido actores! Pero Peluso enseguida halló la solución: empezó él a aplaudir y a aplaudir. Todos los demás actores le imitaron, saludaban y aplaudían, saludaban y aplaudían. Y así la función también fue un éxito.

Lo malo vino después, porque Erito, que tenía que cerrar el día, no quería hacerlo. Decía que todavía era temprano, hacía sol y era una pena. Y Peluso decía que sí, que ya tocaba, y Erito que no y que no. Estuvieron discutiendo no sé la de tiempo, hasta que Erito —¡por fin!— empezó a trepar a los árboles para poner el toldo que Don Ron había quitado por la mañana, pero no hizo falta, porque entonces el sol se fue y el día se cerró solo. Erito se bajó del árbol de muy mal humor diciendo que lo del toldo eran tonterías de Peluso, y que ya lo sabía él.

Pero, a pesar de este incidente, los batautos estuvieron de acuerdo en que el día cultural había sido un éxito, y Peluso estaba muy satisfecho.

—Solo —comentó a Buu camino de su casa— que hubiera estado mejor si yo llego a decir algunas cosas más sobre las patatas. ¿Sabías que también se pueden tomar con bechamel?

¡VIVA LA CULTURA
DE ESTOS BATAUTOS DE ALTURA!

Los regalos

BUU y Peluso iban de paseo charla que te charlarás. El campo estaba verde, brillante, lleno de motas de colores. Eran las flores.

Peluso y Buu iban el uno al lado del otro por un sendero estrecho y amarillo. Sus pies dejaban huellas. Las grandes eran de Peluso, las pequeñas de Buu.

—¿Sabes, Buu? —decía Peluso mientras andaba despacito al lado de su amigo—. Recibir regalos es algo bonito.

Buu dijo que sí.

—Lo malo —continuó Peluso— es que no te suelen regalar nada a no ser que sea tu cumpleaños.

—¡Claro! —dijo Buu—. Por eso los cumpleaños son tan bonitos.

—Pues se me ocurre una idea —dijo Peluso—. Al atardecer, cuando volvamos a casa, tú me haces un regalo a mí y yo te hago otro a ti.

Y Buu se ilusionó. ¿Qué le regalaría Peluso? Y luego empezó a pensar qué le regalaría él a Peluso. Pero como el paseo era tan precioso, decidió aplazar el problema y pensarlo después.

Habían llegado a una montaña, y al darle la vuelta, apareció un lago lleno de agua cristalina, y Buu, al verlo, pensó que le gustaría regalar un lago a Peluso.

Eso sí que le iba a gustar. Lo malo es que no iba a caber en su casa, se dijo.

Los dos amigos decidieron pararse a merendar. Se sentaron sobre la hierba y sacaron de sus mochilas la mar de cosas ricas que habían preparado, y se las comieron todas. También bebieron gaseosa que Buu había llevado en una botella. Luego hicieron una barca con un tronco de árbol, y dos remos con dos ramas. Navegaron por el lago y vieron ranas y peces. Cuando el sol se empezaba ya a esconder lejos, por el horizonte, Peluso y Buu emprendieron el camino de regreso.

¡Qué bonitas parecían la hierba y las amapolas a la luz del atardecer! Peluso estaba tan contento que se puso a brincar y dio un pisotón a Buu, y luego se cayó de medio lado.

Por fin, cuando ya había oscurecido del todo, nuestros dos amigos llegaron a sus casas.

—No te olvides del regalo —le dijo Peluso a Buu al despedirse.

Y Buu se volvió a ilusionar, y luego volvió a pensar: «¿Qué le regalaré a Peluso?».

Empezó a mirar en sus cajones. Tenía muchas cosas bonitas: papeles de colores, piedras y otras cosas así. A Buu le gustaba mucho sacarlo todo y mirarlo de vez en cuando. Pero entre todas esas cosas había una que particularmente le gustaba. Era una piedra bastante grande, brillante, transparente y azulada. Buu la ponía debajo de la lámpara, la movía de un lado para otro, y la piedra desprendía rayos de colores.

De repente, Buu se dio cuenta de una cosa.

—¡Se parece al lago! —dijo—. Y cabe en casa.

Pero si se la regalaba a Peluso ya no iba a poder mirarla cuando quisiera.

Buu estaba hecho un lío. En esto, a través de la ventana, vio a Peluso que se acercaba con un

paquete muy grande debajo del brazo. Buu se tenía que decidir rápido, y se decidió. Cogió la piedra e hizo un paquete con ella a toda velocidad.

—Hola, Buu —dijo Peluso entrando y mirando alrededor.

Peluso vio el paquete que Buu había hecho y no puso demasiada buena cara, porque le pareció muy pequeño.

—Esto es para ti —dijo Peluso dándole su gran paquete.

El corazón de Buu latió de emoción. ¿Qué habría dentro?

—Oh, gracias, Peluso —dijo. Y añadió—: Toma, esto es para ti —y le dio la piedra envuelta en un papel rosa.

Peluso cogió el envoltorio con cara de decir: «Qué poca cosa» y empezó a desenvolverlo despacito. Buu le observaba temblando de expectación.

Peluso sacó la piedra y la miró sin decir nada.

—Es lo más parecido que he encontrado al lago —explicó Buu—. Si la pones debajo... —pero no continuó, porque Peluso, que era muy listo, ya había colocado la piedra debajo de la lámpara y la movía de un lado para otro. La piedra lanzó unos bellos destellos rosas. ¡Igual que el lago al atardecer!

«Es preciosa», pensó Buu.

Miró a Peluso y vio que se había puesto rojo de la emoción, que se ponía anaranjado de lo que le gustó y, luego, azul de la alegría, y luego, que tuvo que sentarse en una silla, porque si no se caía de tantas cosas que sentía.

«¡Le ha gustado! ¡Le ha gustado!», se decía Buu regocijado.

Peluso sacudió su cabeza con fuerza.

—Es lo más parecido que he visto al lago y que quepa en casa —comentó—. ¡Es preciosa!

Buu estaba orgullosísimo. ¡Menudos regalos hacía!

—Bueno —dijo Peluso—. ¿Y tú qué piensas que no abres el tuyo?

—¡Huy, es verdad! —dijo Buu.

El enorme paquete que había traído Peluso estaba allí, encima de la mesa, ¿qué habría dentro? El corazón de Buu volvió a latir de emoción. Empezó a desenvolverlo, pero estaba tan nervioso que no atinaba a deshacer el nudo y tuvo que buscar unas tijeras.

Por fin el regalo quedó al descubierto. Era una especie de bola de trapos verdes. Aquí y allá tenía manchas rojas, blancas y amarillas. Buu la miraba desconcertado.

—Es lo más parecido que he encontrado a una montaña y que quepa en casa —explicó Peluso—. Las manchas de colores son flores.

Y entonces... Buu se empezó a poner rojo, y luego se puso anaranjado y...

—Si la miras por la mañana temprano es verde brillante —continuó Peluso—. Luego, conforme va oscureciendo, ella también se va poniendo más oscura.

Buu se puso azul y luego se tuvo que sentar en una silla porque, si no, se caía de tantas cosas que sentía.

—Es muy bonita —murmuró casi sin fuerza. Y Peluso se puso orgullosísimo.

Aquella noche nuestros dos amigos se acostaron muy tarde. Peluso estuvo hasta las tantas

viendo los rayos que lanzaba la piedra, y Buu estuvo mirando la montaña. La ponía debajo de la lámpara, y la montaña era verde brillante. Luego, se la llevaba un poquitín más lejos, luego más lejos y la montaña empezaba a oscurecer hasta que oscurecía del todo, y no se la veía. ¡Cómo la montaña de verdad! Buu estaba encantado con su montaña, y Peluso con su lago.

¡A LA BIM-BOM-BAM!

¡PELUSO! ¡BUU!

¡RA, RA, RA!

Don Ron se divierte y Peluso hace un descubrimiento

DON Ron se levantó ese día sin saber si era martes o miércoles. Avanzaba la mañana, y Don Ron no se aclaraba. Para colmo, tampoco sabía si hacía bueno o malo, porque a veces se nublaba, y, a veces, salía el sol, y a veces, soplaba el viento, y otras no.

«Además, no hace ni frío ni calor», pensó Don Ron apesadumbrado.

—Pues sí que la hemos hecho buena, porque me parece que tampoco es el cumpleaños de nadie. ¡Vaya problema! —y Don Ron se rascó la cabeza.

—Y es que vamos a ver —se dijo—: dentro de unos cuantos siglos, ¿cómo me voy a acordar de este día? ¿Cómo lo voy a distinguir de los demás si no es ni chicha ni limonada?

Pero en esto vio a Peluso que se acercaba y se le ocurrió una idea. Corrió a la cocina y, cuando Peluso pasó, ¡plaf!, le tiró un diente de ajo.

—¡Ja, ja, ja! Hoy será el día en que le tiré un ajo a Peluso desde el balcón —se dijo Don Ron.



Mientras, Peluso había cogido el ajo. Miró hacia arriba, pero Don Ron ya no estaba, se había escondido.

—¡Qué raro! —dijo Peluso—. Porque los ajos no caen de los balcones, como las hojas caen de los árboles. ¿Qué habrá sucedido?

Por fin Peluso decidió volver a su casa, examinar el ajo detenidamente, consultar sus libros científicos y así desvelar «el misterio del ajo que cayó del balcón».

Don Ron se reía para sus adentros.

Al poco rato vio a Buu que se acercaba, y Don Ron decidió correr al cuarto de baño y ¡plaf!, tirarle un rollo de papel higiénico.

—¡Huy! —dijo Buu asustado.

Buu cogió el rollo, miró hacia arriba, pero no vio a nadie. Don Ron se había escondido.

«¡Cosas de Don Ron!», pensó imaginándose lo que había pasado y entró en la casa.

—¡Don Ron, Don Ron! —chilló Buu—. Se le ha caído esto.

Pero Don Ron se había escondido debajo de la cama muerto de risa y no contestó. Entonces Buu entró en el cuarto de baño, puso el rollo en su sitio y se fue.

A Don Ron esto no le gustó nada.

«¡Qué rebeldía!», pensó.

Y cuando Buu volvió a pasar por debajo de su balcón, le volvió a tirar el rollo, y, además, el cepillo de dientes, y, además, un peine de tres púas, y, además, el frasco de colonia. Y hubiera querido tirarle el lavabo, pero no pudo con él.

—¡Huy, huy, huy! —dijo Buu asustadísimo echando a correr.

—Ja, ja, ja —reía Don Ron asomado descaradamente al balcón.

Buu se fue de allí a toda prisa.

«Cosas de Don Ron», volvió a pensar cuando estuvo lejos. Y ya más tranquilo siguió su camino.

Mientras, Peluso había descubierto... Pero, bueno, de eso os hablaré más tarde, porque a la casa de Don Ron se acercaba Erito, que estaba de muy mal humor, pues se le había quemado la comida. Pasó por debajo del balcón y ¡plaf!, le cayó un calcetín, que se le quedó colgando de la nariz.

Erito montó en cólera, se quitó el calcetín de la nariz, miró hacia arriba, pero no vio a nadie.

—¿Sí? —se dijo—. Pues ahora verá ese viejo loco.

Y como una furia desatada entró en casa de Don Ron.

Don Ron, que le oyó, se asustó muchísimo y se escondió tumbado dentro de la bañera. Además, corrió las cortinas de la ducha para más seguridad. Pero, a pesar de todo, Erito le encontró, le puso el calcetín de bufanda, e hizo tres nudos. ¡Pobre Don Ron! ¡Tardó hora y media en deshacerlos! Los nudos estaban hechos a conciencia.

«¡Cosas de Erito!», pensó Don Ron rascándose la garganta. Y se volvió a asomar al balcón.

Andando a saltos se acercaba Pizcochón. Don Ron sonrió. Hizo una bola de papel, y se la tiró.

—¡Ja, ja, ja! —rió Pizcochón cogiéndola.

Miró hacia arriba, y vio a Don Ron, que esta vez no se había escondido, sonriendo en el balcón. Pizcochón le volvió a tirar la bola, y así estuvieron jugando los dos, hasta que Pizcochón se cansó y se marchó. Don Ron lo sintió. ¡Se estaba divirtiendo un horror! Pero enseguida se le olvidó, porque Gusi, que se había caído, se acercaba rodando a la velocidad del rayo.

«¿Le atinaré?», pensó Don Ron la mar de excitado.

Corrió al cuarto de baño. Gusi ya llegaba y pasaría muy veloz bajo el balcón. Don Ron buscaba, algo nervioso. ¿Lo encontraría a tiempo? Por fin se asomó y... ¡atinó!

¡Sí, Don Ron atinó! Y Gusi quedó rebozado en olorosos polvos de talco con aroma a madreSelva y menta. Y es que a Gusi, cuando se caía, le solían pasar cosas buenas.

Don Ron se fue a descansar satisfecho del día. Y por la noche escribió en su diario histórico: «No sé si es sábado o domingo, pero hoy es el día memorable (de memoria, o sea, de acordarse)

que tiré a mis súbditos ajos, rollos de papel higiénico y otras cosas por el balcón, y me divertí un horror». Y Don Ron se fue a dormir satisfecho.

Mientras tanto, ¿qué había sido de Peluso?

Pues Peluso había hecho un gran descubrimiento. Había pelado el ajo y había averiguado que era blanco, y eso era muy significativo. Sobre todo, era una primera pista.

Y Peluso empezó a tirar del hilo, y a pensar en cosas blancas, como la nieve que cae y lo cubre todo, las ramas de los almendros que florecen en primavera, los pétalos de las margaritas, las *nubeees* cuando son blancas y la espuma del mar. Y le gustó tanto que, de repente, Peluso se sintió transportado, rodeado de cosas blancas. Él también se había vuelto blanco. Todo era blanco. ¡Qué bonito!

Y Peluso se olvidó del ajo, y fue a decirle a Buu que el blanco era un color precioso. ¡Vaya descubrimiento!

—Sí —dijo Buu—, a mí me gusta más que el marrón.

Y, contentos de estar de acuerdo, los dos amigos decidieron cenar juntos sopa de arroz (blanco, por supuesto).

LOS BATAUTOS BATAUTEAN,
UNOS POR LA DERECHA,
OTROS POR LA IZQUIERDA.

Los tres pasteles de crema

BUENO, bueno, bueno. Lo veo y no lo creo ¡Qué cosas pasan!

Resultó que Peluso se había levantado ese día con ganas de trabajar. ¡Con lo vago que era! Ya había cortado la hierba de su jardín y regado las flores y, luego, muy contento y saltarín entró en su casa para hacer un pastel de crema. Y cuando acabó, desde el principio de la cabeza hasta el final de los pies, Peluso estaba cubierto de crema. Además, en los hombros, en la coronilla y en las rodillas tenía torrecitas, como si las hubiera hecho con una manga pastelera.

—Es curioso —decía Peluso mirándose al espejo—, el pastel no las tiene tan bonitas, y eso que ¡mira que me he esmerado en hacerlas bien!

Peluso dudaba entre ducharse o no. Él no era partidario de las duchas frecuentes. En realidad, no tenía planificado hacerlo hasta el día de su cumpleaños. Además, le gustaba su aspecto, tan cremoso y dulce, pero...

«¡Dan ganas de comerme!», pensó asustado. «A ver si alguien me da un mordisco. ¡Qué Erito es muy bruto!».

Finalmente Peluso se duchó, y toda la bañera se llenó de crema, que poco a poco se fue por la cañería.

«¡Qué pena!», pensaba Peluso mirándola. «Claro que peor hubiera sido que Erito me diera un mordisco».

Para consolarse Peluso fue a probar su pastel, pero no lo hizo, porque ¡estaba tan bonito! Las torres que había hecho con la manga pastelera, sin tener que sufrir comparaciones desventajosas con las que Peluso había tenido en la coronilla, parecían una maravilla.

Se estaba quedando una tarde muy buena y Peluso decidió convidar a Buu a merendar en el jardín, para que viera el pastel y se lo tomaran juntos.

Naturalmente Buu aceptó encantado, y Peluso sacó el pastel al jardín. También sacó un mantel de papel y unos vasos, y servilletas, todo lleno de flores pintadas, y en esto se dio cuenta de que no tenía nada de bebida. Solo si abría el grifo, salía agua.

—Pero es que esta agua no sabe a nada —decía Peluso, que quería dar a su amigo algo mejor. Así que exprimió limones, agregó al zumo agua y azúcar, lo removiò, lo probó y dio un brinco. ¡Estaba buenísimo! ¡Peluso había inventado la limonada! Y es que Peluso era listísimo, ¿o no?

Lo malo era que no tenía una jarra con flores pintadas, que hiciera juego con el mantel, los vasos y las servilletas. Pero Peluso sacó su caja de pinturas y se puso a pintar flores en su jarra de cristal de todos los días, y quedo preciosa. Y es que, yo creo que ya os lo he dicho, Peluso era muy listo y servía para todo. ¿O no?

Pero el que se había quedado feísimo era él, lleno de salpicaduras de pintura por aquí y por allí. El pobre Peluso se tuvo que frotar con aguarrás.

«No me gusta nada eso de restregarme tanto», pensaba. «Primero la ducha y ahora esto. A ver si me desgasto».

Buu llegó a eso de las cinco. Un vientecillo había empezado a soplar y traía aromas de flores y musgo. Buu quedó muy impresionado al ver el mantel, la jarra, las servilletas, los vasos con flores pintadas. Pero, sobre todo, le gustó muchísimo el pastel con sus torres de crema.

Peluso estaba la mar de contento. Como todavía era pronto para merendar, nuestros amigos empezaron a hablar de sus cosas, y, en esto, el viento, que cada vez era más fuerte, se llevó un vaso. Estaba Peluso intentando cogerlo, cuando, en esto, el viento que se lleva el otro. Buu salió corriendo tras él, y entonces sucedió la catástrofe: ¡el viento que se lleva el pastel!

Peluso y Buu olvidaron los vasos, y salieron corriendo detrás de él. Pero no pudieron hacer nada. El viento se lo llevó no se sabe adonde.

Nuestros amigos se quedaron la mar de chafados. Pero Peluso, que era muy listo, tuvo una idea: si el viento se había llevado su pastel de crema, él podía hacer otro. Así que ¡manos a la obra!

¡Hay que ver lo trabajador que estaba Peluso ese día! Buu le ayudó, y, claro, tardaron la mitad, y el pastel salió precioso.

Buu no se manchó, porque era muy apañado y, además, se puso delantal y gorro de cocinero. Pero Peluso...

—¡Huy, pareces otro pastel! ¡Dan ganas de darte un mordisco! —le dijo Buu.

Y Peluso se tuvo que volver a duchar, y de tan mal humor lo hizo y tan fuerte se frotó, que salió todo colorado. Parecía un tomate de gazpacho, solo que con forma de batauto.

Como ya se había pasado el viento, volvieron a sacar el pastel al jardín, y además también sacaron dos vasos con flores pintadas, en sustitución de los que se había llevado el aire, y pusieron el mantel derecho, porque con el viento se había torcido.

Entonces Peluso y Buu empezaron a merendar. ¡Qué bueno estaba el pastel! ¿Y la limonada? Bueno, Buu se relamió por arriba y por abajo, y por los lados, de lo que le gustó. Nuestros amigos comieron y bebieron hasta acabarlo todo. Luego hablaron de los calcetines que llevaba puestos Don Ron ese día: uno a lunares verdes y el otro a rayas amarillas.

—Lo malo es que las rayas son amarillo canario y no pegan. Si hubieran sido amarillo limón, habrían estado mucho mejor —decía Peluso. Y Buu estuvo de acuerdo.

Se había vuelto a levantar algo de viento, pero a los batautos ya no les importaba. Además era agradable, pues traía fragancia de azucenas lejanas.

—¿Por qué no jugamos a subirnos a los árboles? —propuso Buu.

—Porque luego hay que jugar a bajarnos, y es muy cansado —contestó Peluso, que no tenía ningunas ganas de moverse, pues su barriga llena de pastel de crema le pesaba mucho.

El aire seguía soplando y moviendo dulcemente las ramas de los árboles.

—Podíamos subirnos a ese. Es muy bajito —insistió Buu.



Peluso miró el árbol que señalaba Buu y, entonces, de lo alto de una de sus ramas cayó justo, justo, justo encima de la cabeza de Peluso, el pastel de crema. ¡Peluso volvía a estar lleno de crema! ¡Ah! y también se formaron unas torrecillas muy bonitas en sus hombros, coronilla y rodillas.

Buu lo miró horrorizado y, en esto, ¡plaf!, ¡Peluso que cae desmayado!

—¡Peluso, Peluso, que no es para tanto! —decía Buu sacudiendo a su amigo.

Pero Peluso seguía ahí tumbadote, con los brazos en cruz, los ojos en blanco, la boca torcida. Tenía un aspecto fatal. Buu se asustó y no se le ocurrió otra cosa que abrir la manguera y enchufársela directamente.

—¡Huy! —dijo Peluso poniéndose de pie de un salto. ¡Había vuelto en sí!

Pero como todavía seguía teniendo la boca torcida, y torrecitas de crema en la coronilla, Buu siguió regándole hasta que se le puso la boca derecha y las torres desaparecieron. Y, mientras, Peluso chillaba y saltaba e intentaba quitarle la manguera a Buu, y los dos acabaron chorreando.

—Bueno, pues ya está todo arreglado —dijo Buu al fin, cerrando la manguera.

—¡Me has duchado! —chilló Peluso.

Se sacudió fuertemente, lanzando al aire miles de gotas transparentes y sin dar explicaciones entró en su casa a secarse y cambiarse de ropa.

En vista de eso, Buu también se fue a la suya para hacer lo mismo.

Pero Peluso estaba preocupado.

«No puede ser bueno», pensaba mientras se secaba. «Tres duchas en un día no pueden ser buenas. A ver si me da una duchitis o me encojo, o destiño y me quedo pálido, o algo así».

Y es que ¡Peluso no estaba acostumbrado a esos excesos!

Para prevenir, decidió tomarse media docena de patatas, pues sabía que tienen muchas calorías, buenas para la ducha fría. Pero luego lo pensó mejor y se envolvió todo él en plástico transparente. Solo se dejó fuera las narices para poder respirar, y con las manos también metidas en guantes de plástico, hizo... ¡el tercer pastel de crema de ese día!

—Seguro que también tiene calorías —decía mientras comía.

Luego se fue a la cama hasta la siguiente mañana.

Peluso se levantó sano y salvo, o sea, no se puso malo.

¡BATAUTOS FRESQUITOS!
¡QUÉ RICOS, RICOS!

El cumpleaños de Pizcochón

¡CÓMO pasaba el tiempo! Pizcochón ya iba a cumplir un año.

—Cuando uno cumple años, se da una fiesta. ¿Quieres que te ayude a prepararla? —le preguntó Erito.

Pero Pizcochón contestó:

—No, yo sé cómo hacerlo.

Erito le miró y sonrió tiernamente, pero, como se le olvidó desfruncir el ceño, se le puso una cara rarísima. Pizcochón le miró divertido y... ¡yo diría que él también sonrió tiernamente!

El gran problema de Pizcochón resultó ser Peluso, que se empeñó en ayudarle y se plantó en su casa para darle instrucciones.

—Sobre todo que no falte de comer —decía el glotón de él—. Que haya sándwiches de chorizo, jamón, queso, salchichón, membrillo, tortilla, y de todo lo demás, y también pasteles y tarta de nata y fresa, y bollos, y churros y mediasnoches de tortilla y ¡ay, ay, ay! —chilló de repente.

Y es que Pizcochón se había hartado y empezó a tirarle cosas a la cabeza diciendo:

—Y de almohadones —y le tiraba un almohadón—, y de floreros —y le tiraba un florero (de los irrompibles, Pizcochón era muy listo)—, y de zapatillas, y de botas, y de...

—¡Ay! ¡Estate quieto! —chillaba Peluso—. ¡Repámanos! —exclamó, pues la bota de Pizcochón le había dado en la barriga—. ¡Ay! Bueno, adiós —dijo al fin.

Se marchó corriendo, y Pizcochón se quedó tan a gusto. Peluso, en cambio, se quedó preocupado...

—No sé si me habrá entendido. ¡Qué niños los de hoy en día! Solo piensan en jugar y en tirarle a uno cosas. No sé qué tal saldrá la fiesta —se decía.

Por fin llegó el día del cumpleaños, y los batautos se dirigieron a casa de Pizcochón para celebrarlo.

Cuando llegaba uno, Pizcochón levantaba primero un pie, y luego el otro muy deprisa, a la vez que, también muy deprisa, se frotaba una mano contra la otra y reía. La sensación de alegría era tremenda y todos quedaron muy satisfechos del recibimiento.

—No es que cumpla las reglas de protocolo —se decía Peluso, que de eso sabía mucho—, pero es bastante expresivo.

En esto llegó Erito y la bienvenida fue apoteósica. Pizcochón levantaba los pies, uno tras otro, tan deprisa que parecía que bailaba, y las manos, ¡bueno!, iban y venían tan rápido que no se las distinguía, y mientras tanto sus risas resonaban por la habitación. Todos miraron con envidia a Erito, que se puso colorado, aunque, eso sí, seguía con el ceño fruncido. ¡Hacía bien! ¡Genio y figura hasta la sepultura! ¿O no?

Pizcochón, después de saludar, abría el paquete con el regalo que le traía cada batauto. El más original resultó ser el de Don Ron, que le regaló un saco lleno de palillos.

Luego, Pizcochón sacó una bandeja y les dio cacahuets, uno a cada uno. Luego les dio una almendra a cada uno, luego un trocito pequeño de jamón, luego otro de queso. A Peluso se le estaba abriendo un apetito tremendo.

«Si me hubiera escuchado, habría sándwiches de jamón, queso, sobrasada, chorizo...», pensaba.

Pizcochón seguía dando cosas y más cosas a sus invitados: dátiles, trocitos de diferentes tartas, pipas, embutidos, churros diminutos, etcétera, y todos comían, y cada vez estaban más alegres. Además, también les pasó botellas con zumo de piña y de otros sabores, para que bebieran un sorbo de cada una, pero Peluso hizo trampa, y de la de zumo de pera bebió mucho, y Pizcochón tuvo que sacar otra botella de ese zumo, porque si no, no habría para todos. También tuvo que sacar una nueva de zumo de cerezas, porque, mientras bebía, Gusi se cayó y la derramó encima de la capa azul celeste de Don Ron. Don Ron se puso muy serio. Miró a Gusi, luego a la capa, luego a Gusi otra vez, y por fin dijo:

—Chico, ha quedado preciosa.

Cuando hubieron comido y bebido de todo, Pizcochón volvió a empezar, y sacó otra vez una bandeja con un cacahuete para cada uno. La mayoría pasaron, porque no podían más, pero Peluso no, Peluso repitió; lo malo fue que se llevó un disgusto, porque Pizcochón no volvió a pasar la botella de zumo de pera, que le había gustado a rabiar, y es que ya había sacado las dos que tenía preparadas y no le quedaba otra. ¡Y Peluso que pensaba bebérsela entera ya que parecía que los demás no querían repetir!

Por fin Pizcochón dio por terminada la merienda, y todos, hasta Peluso, aseguraron que había estado muy bien.

«La pena ha sido lo del zumo de pera», pensaba Peluso.

Como los batautos se habían quedado callados, todavía saboreando la merienda, Pizcochón decidió iniciar la conversación e hizo esta pregunta:

—¿Qué tal estáis?

Y todos contestaron a la vez, cada cual una cosa.

Erito dijo que estaba bien, pero que era una vergüenza que las moscas fueran tan pesadas y que Peluso comiera tanto en los cumpleaños.

Buu dijo que estaba muy bien, porque le gustaban los cumpleaños, claro que también le gustaban los días que salía de paseo con Peluso, y los que hacía sol, aunque los de lluvia no estaban mal, porque así podía meter los pies en los charcos.

Gusi aseguro que él también estaba bien porque, aunque se había caído al salir de su casa, no se había hecho ningún daño, lo cual tenía su mérito, ya que había otros que sí se lo hacían, como Buu cuando se cayó del caballo, que ¡hay que ver cómo se quedó el pobre! ¡Parecía que venía de la guerra! En cambio, él... Y Gusi empezó a contar sus airosas caídas.

Mientras, Peluso estaba enredadísimo en un discurso filosófico sobre estar o no estar.

—Es lo primero que hay que averiguar —decía Peluso—, porque si resulta que no estamos, no podemos estar ni bien ni mal.

Y Don Ron..., bueno, Don Ron, que siempre iba por libre, estaba contando sus coronas.

—Hay un plateada, que igual es de plata; otra dorada, que igual es de oro; otra verde, que igual es de esmeraldas —y siguió y siguió, y cuando, por fin, acabó con las coronas, empezó con los mantos. Aquello era interminable.

Todos hablaban, menos Pizcochón, que estaba pendiente de que no decayera la animación. Pero ¡cómo iba a decaer! Los batautos cada vez estaban más alegres, y pronto empezaron a hablar unos con otros.

Por ejemplo, Peluso había llegado a la conclusión de que todos estaban, pues, como se dijo a sí mismo: «Están hablando, luego están, porque si no estuvieran, no podrían estar ni hablando ni callados. O sea —añadió—: HABLAN, LUEGO ESTÁN». ¡Qué listo era! ¿Verdad? Bueno, pues después de eso se acercó a Buu y le dijo:

—¿Te has fijado en que todas las sillas tienen cuatro patas?

—No, digo sí —respondió Buu. Y es que como no se esperaba esa pregunta, se aturrulló.

—Porque si solo tienen una, no son sillas, son taburetes.

—Claro —dijo Buu, que ya estaba más centrado en el asunto.

—Pero si además de cuatro patas tienen brazos, son sillones.

—Pues dentro de poco van a empezar a salir las fresas —dijo Buu tratando de llevar la conversación hacia otro lado. «Como se ponga tan pesado con las sillas como el otro día con las patatas, estoy apañado», pensaba.

Pero Peluso, a quien las fresas le gustaban a rabiar, se interesó por el tema.

—¡Fresas! Mira que están buenas con azúcar...

—Pues después de las fresas vienen las moras —continuó Buu—. Y luego las castañas.

A Peluso se le estaba haciendo la boca agua.

Mientras, Gusi le estaba diciendo a Don Ron que un hipopótamo le había mordido.

—Pero ¿cómo es eso? ¡Si los desterré a todos a Hipopotimato por malos!

—Es que me mordió por la noche, en sueños —aclaró Gusi.

—¡Insensato! ¿Y por qué no cierras la puerta con llave antes de acostarte? —dijo Don Ron.



Erito, que los estaba oyendo a todos, había organizado un monólogo interesantísimo:

—Bah, solo dicen tonterías, boberías, payasadas, cuchufladas, bobadas, leladas, simplezas, necedades, sandeces, memeces, idioteces, mentecateces, estupideces, etcétera, etcétera.

En esto, Pizcochón los interrumpió:

—¡Atención, atención! —chilló.

Y es que estaba viendo que no iba a dar tiempo a divertirse con un juego que había preparado y que consistía en tirar canicas de colores dentro de un jarrón de cristal.

—Veréis lo bonito que queda cuando se llene —dijo Pizcochón.

Empezó el juego Don Ron, que tiró la canica con tan buena puntería que le dio en la frente a Erito, que estaba al otro lado de la habitación. Erito empezó a gruñir, diciendo que el que no

supiera jugar que no jugara, y, mientras, la canica rebotó y se metió dentro del jarrón. Todos aplaudieron, menos Erito que seguía gruñendo.

Los otros batautos también jugaron bien. Peluso, por ejemplo, tiró siete fuera y una dentro, pero, según él, esa una era la única que valía, porque las demás no respondían a la fuerza de gravedad cuando pasaban por la boca del jarrón.

—Qué extraordinario lo que ha pasado, ¿verdad? —decía Peluso.

Pero la actuación de Gusi fue la más notable, pues no solo metió la canica en el jarrón, sino que salió dando traspiés detrás de ella y por poco se mete dentro él también, pero como no cabía, solo se metieron sus orejas. Erito le agarró de los pies, y lo volvió a colocar en el suelo, mientras los demás aplaudían y discutían si las orejas también puntuaban como las canicas.

Tan entretenidos estaban que no se dieron cuenta de que ya se estaba haciendo de noche hasta que la luna se asomó por la ventana y les dio a todos en la cara.

—¡Anda! —dijo Don Ron—. Esa ahí y yo todavía sin ponerme el pijama.

Los demás pensaron con pena que también se tendrían que ir.

Pero antes todos salieron a la ventana a saludar a la luna y ya de paso también saludaron a las estrellas. De camino, de vuelta a sus casas, los batautos iban comentando lo bien que lo habían pasado y lo estupendamente organizado que había estado todo.

—Y es que Pizcochón —comentaba Peluso— es muy maduro para lo joven que es.

Buu no entendió bien lo que Peluso quería decir, y esa noche soñó que Pizcochón era una pera madura, que estaba colgado de un árbol y que reía y reía.

UN BATAUTO, DOS BATAUTOS, TRES BATAUTOS...

¡TODOS JUNTOS VAN EN AUTO!

El paseo de los arcos gemelos

AQUEL día tan lluvioso y ventoso acabó glorioso. El arco iris brilló con gran esplendor. Todos los batautos estaban encantados mirándolo. Algunos hasta aplaudían. Pero luego, poco a poco, el arco iris fue desapareciendo, dejando solamente un vago resplandor entre las *nubees*.

—¡Qué pena! —exclamó Buu.

—¡Otra vez, otra vez! —gritaba Pizcochón batiendo palmas.

Pero el arco iris no volvió a aparecer, y a Peluso, que era muy listo, se le ocurrió una idea.

—Pues podríamos hacer un arco con piedras de colores. En otros sitios, sobre todo en el planeta Tierra, hay arcos así, y la gente pasa por debajo.

—Pero no serán tan bonitos —contestó Buu.

—No; pero no se van, se quedan. Además, también veremos el arco iris cuando salga.

Buu se empezó a animar.

—¡Vamos a hacer uno! —exclamó.

Y Peluso, siempre amante de la arquitectura, la música y demás artes, se alegró la mar.

Así que, al día siguiente, Peluso y Buu empezaron a construir un arco. ¡Qué trabajo! Tuvieron que buscar muchas piedras de diferentes colores, y colocarlas unas encima de otras con mucho cuidado, pero al llegar a la parte de arriba, donde se curva el arco, este se caía.

—Habrá que poner vigas para sujetarlo —dijo Buu.

Pero Peluso, que sabía mucho, contestó que ni hablar, que los arcos no tenían vigas como las casas, que se sujetaban solos.

—Pues este desde luego no —aseguró Buu.

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso, que era lo que Peluso decía cuando no sabía qué decir.

—Para que se sujetase solo tendríamos que poner las columnas más juntas —aseguró Buu.

Peluso suspiró mientras pensaba: «Este Buu que nunca comprende las cosas». Y explicó con paciencia:

—¡No puede ser! Los arcos tienen que ser muy anchos para que la gente pase por debajo. A veces pasan seis o siete a la vez, todos cogidos de la mano. Si las columnas estuvieran juntas, ¿cómo iban a caber?

¡Hay que ver todo lo que sabía Peluso sobre arcos! Buu estaba boquiabierto.

—Además —siguió Peluso muy satisfecho del efecto de sus palabras—, el arco en sí no son las columnas, que solo sirven para sujetarlo, sino la parte de arriba, que es curva, como el arco iris, y por eso se llama arco, porque tiene forma de arco, y si las columnas estuvieran cerca no cabría la curva del arco.

—¡Ah! —exclamó Buu completamente apabullado.

Pero luego se repuso un poco y sugirió tímidamente:

—Y si pusiéramos una viga hasta que...

—¡Qué no lleva vigas! —gritó Peluso interrumpiéndole.

—Pero es que luego... —intentó explicar Buu.

—¡Qué te he dicho que no! —volvió a gritar Peluso con gran firmeza.

—Entonces ¿cómo lo hacemos? —chilló Buu, al que ya se le había pasado del todo el apabullamiento.

—Tuz, tuz, tuz —contestó Peluso.

Pero luego, como era muy listo, dijo:

—Mira, como cada vez falta menos para la hora de almorzar, ¿por qué no lo dejamos para mañana y comemos tranquilamente?

Buu dijo que bueno, pues tenía pensado hacer ese día sopa rebozada, y, de esa forma, le daba tiempo de prepararla. Así que los dos amigos se despidieron.

—Problema aplazado, mitad solucionado —dijo Peluso, que había leído eso en alguna parte (Peluso era un gran lector). Sin embargo... ¡Ya veréis lo que pasó!

Llegó el día siguiente y ¡vaya un día maravilloso! Todo estaba lleno de luz, y el jardín de Peluso plagado de flores de colores.

—Además, funciona el surtidor —exclamó Peluso lleno de alegría, pues ese era un surtidor que solo funcionaba cuando le daba la gana— ¡y tengo zumo de palanquí en el frigorífico!

¿Cómo en un día así iba Peluso a ponerse a construir un arco que se caía?

—Porque caerse se cae —reconoció Peluso, aunque, eso sí, de muy mala gana.

El caso era que había quedado con Buu, y no quería que pensara que él era un vago que no tenía intención de hacer el arco. Pero ¡qué listo era Peluso! Otra vez halló la solución. Cogió un papel y escribió:

Buu, no puedo ir a construir el arco, porque tengo que ir a otro lado y no volveré hasta esta tarde. A ver si lo puedes construir tú solo.

Peluso

—Ojalá pueda —decía Peluso mientras corría a meter el papel por debajo de la puerta de la casa de Buu—, porque a mí, no sé por qué, se me han pasado las ganas de hacerlo.

Peluso volvió la mar de contento, se echó en una tumbona de su jardín y empezó a beber zumo de palanquí mientras miraba las flores de colores, escuchaba el agua del surtidor y una deleitosa brisa le acariciaba las orejas. ¿Se puede pedir más?

Y mientras Peluso se lo estaba pasando fenomenal, Buu estaba trabaja que te trabajarás. Ya había hecho una columna y el medio arco de la parte de arriba, que había sujetado con una viga.

«Porque, diga Peluso lo que diga, es lo que hay que hacer», pensaba.

Luego, hizo la segunda columna y el otro medio arco. Y cuando esas dos mitades se juntaron, Buu las apretó bien y vio que, como eran curvas, cada cual inclinada hacia un lado, hacían contrapeso y se sujetaban la una a la otra. Así que quitó la viga y... ¡Allí estaba el arco! La obra había sido terminada.

Buu se puso contentísimo.

«¡La alegría que se va a llevar Peluso! Estoy deseando decírselo», pensaba Buu. «Lo malo es que se fue a otro sitio y no volverá hasta la tarde».

Pero como tenía tantas ganas de dar la noticia a su amigo, Buu corrió a su casa por papel y

lápiz, y escribió:

Peluso: He terminado el arco.

Buu

Y corriendo a todo correr, fue a meter el papel debajo de la puerta de la casa de Peluso.

Llegó y... ¡Oh sorpresa! Se oía canturrear. Alguien estaba en el jardín. Se acercó despacito, miró a través de unas ramas y casi ni se lo podía creer: allí estaba Peluso echado en una tumbona bebiendo zumo de palanquí.

Triste y cabizbajo, Buu emprendió el viaje de regreso mientras arrugaba el papel con la mano. Peluso, su mejor amigo, le había mentido. No se había ido a ningún sitio. Había estado echado en una tumbona, bebiendo zumo de palanquí, mientras él solo construía el arco. Buu estaba muy apenado. Pero, a mitad del camino, comenzó a animarse, y cuando entró en su casa ya estaba sonriendo. Tiró a la basura el papel que había escrito, y escribió otro que decía:

Peluso: no puedo ir a construir el arco porque tengo que ir a otro sitio y no volveré hasta la noche. Procura construirlo tú cuando vuelvas esta tarde.

Buu

Luego, corrió otra vez a casa de Peluso y, sin que este se diera cuenta, metió el papel debajo de la puerta. Después fue a tapar el arco que había hecho con ramas caídas para que pareciera una zarza, y se fue a su casa a pasar una tarde agradable en el jardín, oliendo aromas, viendo colores, oyendo trinos, sintiendo la brisa en las orejas y bebiendo néctar de cocolino y gaseosa.

Bueno, ya os podéis imaginar el disgusto que se llevó Peluso cuando leyó el papel de Buu.

«¿Cuándo lo habrá dejado? —se preguntaba—. No lo había visto antes ¡y yo que le decía que iba a volver esta tarde! Si lo llego a saber no vuelvo hasta pasado mañana —pensó desesperado—. Ahora, después de comer no tendré más remedio que ponerme a construir el arco yo solo. ¡Vaya lata!».

Y así fue. Después de comer, bastante fastidiado, Peluso dejó su jardín lleno de flores y con un surtidor que funcionaba, y se fue a construir el arco.

—¿Y ese matorral tan grande? ¡Qué raro! No lo vi ayer —dijo Peluso cuando llegó al lugar elegido para el arco—. Además, yo creía que habíamos traído más piedras. Bueno, no importa, con estas habrá suficiente.

Peluso construyó la primera columna y luego empezó la parte de arriba o «el arco propiamente dicho», pensó el batauto, que de eso sabía mucho. Pero enseguida se le empezó a caer. Peluso levantó deprisa un brazo para sujetarlo, y resultó que ya no lo pudo bajar.

«Porque si lo bajo se me caen todas la piedras encima de la cabeza. La tengo justo debajo», pensaba el infeliz de él.

Intentó seguir construyendo el arco con la mano que tenía libre, pero ¡imposible! No llegaba ni a coger una sola piedra del suelo.

Peluso estaba muy asustado.

—¡Socorro! —gritaba.

En esto pasó por ahí Don Ron, que, como hacía tan bueno, había salido a dar un paseo. Vio a Peluso y dijo:

—Pero qué columna tan original. Es enteramente la imagen de Peluso sujetando medio arco.
¡Y qué bien hecha está! ¡Si habla y todo! —y Don Ron continuó su paseo.



Peluso se puso histérico.

—¡Sososococorrrooooo! ¡Sosorrorrorrococo! —chillaba. Y no se le entendía nada.

En esto, por ahí lejos, divisó las figuras de Erito y Pizcochón, que, después de jugar en el bosque, volvían a sus casas, y chilló todavía más fuerte:

—¡SSSSCCCRSRRROOOOOOOOO!

—Parece que alguien grita —dijo Pizcochón.

—Sí, es la voz de Peluso —contestó Erito—. Debe de estar cantando. A veces le sale todavía peor.

Y los dos siguieron su camino tan tranquilos.

A Peluso estaba a punto de darle un ataque.

Y, hete aquí, que entonces pasó por allí Gusi.

—¡Ay, Peluso! ¿Qué te ocurre? —dijo al verle.

Corrió hacia él, pero tropezó con una de las piedras que Peluso había dejado desparramadas por allí, y, dando unos peligrosos trapiés, se precipitó a toda velocidad contra Peluso.

—¡Auxilio! —chillaba este mirándole horrorizado.

Gusi llegó y le dio tal empujón que ambos salieron rodando a grandes velocidades. El arco se desplomó, pero Gusi y Peluso estaban ya lejos.

—¡Me has salvado! —le dijo Peluso abrazando a Gusi muy nervioso cuando, después de rodar un ratito, logró comprender lo que había pasado.

—¿De verdad? —preguntó este algo asombrado.

—Sí —contestó Peluso—. Te estaré eternamente agradecido.

—Me alegro mucho —contestó Gusi. Y se levantó para seguir su paseo.

Gusi iba muy contento.

—Lo he hecho sin saber lo que hacía —se decía—. Pero el caso es que lo he hecho muy requetebién.

Mientras, Peluso miraba preocupado las ruinas del arco. ¿Qué iba a decir Buu cuando viera ese desastre? ¡Qué vergüenza! Eso no podía ser. Había que intentarlo de nuevo. Pero el caso es que a Peluso no le apetecía nada, pero nada, pero lo que se dice nada volverse a meter en ese lío. Sin embargo, ¡qué no! ¡Qué Buu no podía pensar que él, Peluso, no sabía hacer arcos!

—Porque sí sé —aseguró—. Lo que pasa es que he tenido mala suerte y se ha caído —y luego, más animado, se dijo—: También Napoleón tuvo su waterpolo^[5]. Así que ¡adelante!

Peluso empezó a arreglar la columna que había hecho y que, algo desmochada, todavía estaba en pie. Luego, se rascó la cabeza y pensó que mejor hacía ya la otra columna, y luego tuvo que afrontar el gran problema: si quería terminar el arco, tenía que hacer la parte de arriba. Peluso se volvió a rascar la cabeza y pensó:

—Es curioso, pero el caso es que se me han pasado completamente las ganas de hacer esa dichosa parte; lo malo es que no tengo más remedio que hacerla, porque si no el arco propiamente dicho se queda sin hacer.

El corazón de Peluso empezó a latir más deprisa de lo normal cuando comenzó la labor, colocando las piedras con mucho cuidado, pegándolas muy bien con barro amasado y apretándolas mucho, unas contra otras, para que quedaran firmes. Peluso se empezó a animar. Ya iba por la mitad y el arco no se había caído, pero justo entonces se oyó un crujido, y fue todo tan rápido que yo no sé exactamente lo que, en menos de un instante, pasaría por la mente de Peluso para hacer lo que hizo. Tuvo que ser algo así: «No puedo sujetar el arco con una mano porque no llego con la otra a coger las piedras, pero si no lo sujeto se cae». Y más rápido que el rayo Peluso hizo el pino y lo sujetó con los pies.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso algo aturdido cuando, casi sin darse cuenta, se encontró en esa incómoda postura. La verdad es que no sabía muy bien lo que hacer así colocado, pero, como era muy listo, enseguida reaccionó:

—¡Ya está! Como sé hacer el pino sujetándome con una sola mano, puedo seguir mi trabajo con la otra.

Así que Peluso retiró despacito una mano del suelo y, efectivamente, ¡se sostuvo!

Entonces cogió una piedra y la untó muy bien con barro amasado, pero ¡ay!, ¡qué dura es a veces la vida! Ahora a lo que no llegaba era a ponerla arriba, junto a las otras. Pero, como ya sabéis que Peluso no era de los que se dan fácilmente por vencidos, tuvo otra idea.

—Tuz, tuz, tuz —decía—. Pues si no llego con la mano, llegaré con un pie mientras sujeto el arco con el otro.

Y muy despacito retiró el pie derecho de debajo del arco y lo sujetó con el izquierdo.

Pero ¡ay, qué difícil era coger las piedras con el pie! Nada, que no había remedio, que se caían todas. Peluso empezó a sudar.

—¡Socorro! —gritó.

Y Pero como era tarde, ya nadie andaba por allí.

Y mientras Peluso lo estaba pasando fatal, Buu lo estaba pasando fenomenal tumbado en su jardín lleno de rosas.

Oscurecía cuando a Buu le empezó a remorder la conciencia de lo que había hecho.

—No he debido de mandar a Peluso a construir el arco solo, porque, como es muy terco, seguro que no ha puesto ninguna viga y a saber lo que ha pasado.

Así que decidió acercarse por allí y echar un vistazo. Cogió un gran paquete de chufas para el camino y, comiendo chufas, llegó a donde estaba su amigo y ¡por poco se atraganta del susto al verlo!

—¡Aaaaaah, ooooooh, uuuuuuh! —chillaba Peluso con un pie arriba y el otro colgando—. ¡Auxixaxulio! —gritaba agitando una mano mientras se sujetaba con la otra.

—¡Calma, calma! —le dijo Buu acercándose.

Pero Peluso no se calmó.

—¡Socauxio! —seguía chillando.

Buu decidió no hacerle caso e intentó quitar las piedras de encima de Peluso, pero no pudo. ¡Qué bien pegadas estaban! El trabajo estaba hecho a conciencia, ¡una pena destruirlo! Y ya estaban construidas las dos columnas. La obra estaba casi terminada, y Peluso, tal y como estaba colocado, era una viga perfecta. Se tardaría poco en acabar el arco.

Así que Buu no lo pensó más y empezó la tarea.

Pero Peluso se impacientaba y seguía chillando desde allí abajo. Hasta llegó a insultar a su mejor amigo:

—¡Socorrísimo! ¡auxilísimo! Pero ¡sácame de aquí, so puchero con patas! —dijo.

—Menos mal que Buu no le hizo caso.

—Ya puedes salir, Peluso —le dijo cuando el arco estuvo acabado.

Pero Peluso estaba tan nervioso que no salía y seguía chillando y pataleando con un pie sí y el otro no, y Buu le tuvo que dar un empujón para sacarlo de allí.

Peluso se encontró de repente sentado en el suelo. Delante de él había un arco precioso.

—¿Yyyyy eeeso? —preguntó señalándolo—. ¿Lo he hecho yo?

—Bueno, yo te he ayudado un poco —dijo Buu.

Pero Peluso no pareció entender bien esa respuesta.

—Fíjate, lo he tenido que acabar cogiendo las piedras con la mano y colocándolas con el pie. Pero se me ha debido de bajar la sangre a la cabeza cuando me he puesto boca abajo y no me acuerdo de nada de lo que he hecho.

—Me has llamado puchero con patas —le recordó Buu.

—Tuz, tuz, tuz —contestó Peluso mirando para otro lado—. Tuz, tuz tuz —siguió diciendo mientras miraba para el lado contrario.

Y, mientras, Buu corrió a quitar las hojas que tapaban el otro arco. Y cuando, por fin, Peluso volvió a mirar hacia delante, dio un respingo tremendo.

—¿Y ese otro? ¿También lo he hecho yo? —preguntó.

—¡NO! LO HE HECHO YO —contestó enérgicamente Buu.

Podía pasar que Peluso imaginara que había hecho un arco acabándolo con el pie, ¡lo había pasado tan mal el probecillo! Pero que creyera que había hecho dos era demasiado.

Peluso no entendía nada.

—¿Tú? ¿Cuándo? —preguntó.

—Esta mañana, pero lo he tapado con hojas para que pareciera un matorral.

Peluso estaba completamente desconcertado. Pero en esto, debió de darse cuenta de algo y gritó iracundo:

—Entonces ¡no te has ido a ningún sitio!

—¡Ni tú tampoco! —le retó Buu todavía más iracundo.

Y Peluso se volvió a desconcertar.

—Tuz, tuz, tuz —decía muy cortado.

Pero como era muy listo, pero que muy relisto, pero que muy requetelista, enseguida comprendió que lo mejor era no menear el asunto. Así que paró de decir «tuz, tuz, tuz», y exclamó:

—Buu, ¡qué bonito! ¡Los arcos están preciosos uno detrás de otro! ¡Son dos arcos gemelos! ¡Uno tuyo y otro mío! ¡Tan amigos como tú y yo!

—Sí —dijo Buu, pues también pensó que lo mejor era no menear el asunto y dejarse de líos.

Peluso corrió hacia Buu y los dos amigos se abrazaron.

Bueno, pues para que todo resultara todavía mejor, a los pocos días Don Ron pasó por allí.

—¡Huy! —dijo asombrado—. ¡Si han acabado el medio arco que sujetaba la imagen de Peluso! ¡Y en su lugar han puesto una columna nueva! ¡Y han hecho otro arco detrás! ¡Qué bonitos están! ¡Y qué prácticos! Porque después de pasar debajo de uno se puede pasar por debajo del otro. —Don Ron estaba admirado—. Además —añadió muy contento—, bien pensado, eso de una columna con la imagen de Peluso no pegaba nada. Peluso no tiene cara de columna. Tiene cara de cebolla.

Y tanto le gustaron a Don Ron los dos arcos que, cuando llegó a su casa, dictó un decreto que decía: «Todo paseo dado por cualquier paseante y que pase por debajo de los dos arcos que hay por allí se llamará *EL GRAN PASEO DE LOS ARCOS GEMELOS*». E hizo poner carteles por todo Butibato que lo anunciaran.

Peluso y Buu estaban la mar de satisfechos, y Peluso pensaba:

—Pero qué bien hice engañando a Buu. Si no, a estas horas habría solamente un arco. Seguro que, si no le hago creer que me he ido, Buu no construye el suyo. Solo me hubiera ayudado a hacer el mío, y ¡es tan bonito que haya dos arcos: uno hecho por Buu y otro por Peluso!

¡PELUSO Y BUU HAN BATAUTEADO

14

Comercio

HABÍA llovido y se había formado barro por todas partes. Peluso, que era muy listo, ¿o no?, decidió aprovecharlo. Salió con una carretilla, la llenó de barro y se encerró en su casa. Buu, que le vio, se moría de curiosidad.

—¿Qué ira a hacer? —se preguntaba.

Y, haciendo como si no supiera nada, fue a visitarle. Pero Peluso no le abrió y contestó a los gritos de Buu que estaba ocupado y no podía recibirle. Buu se marchó con más curiosidad de la que tenía, pero antes advirtió a gritos a Peluso de que el barro no se comía, porque con Peluso nunca se sabía, y a lo mejor se envenenaba.

Pero no. Peluso no pensaba comerse el barro, lo que Peluso quería hacer con él eran cosas bonitas. Ya había moldeado una taza, luego hizo una flor, luego un bigote, luego un pez, luego un pájaro, luego un pito. Peluso estaba muy animado y contento haciendo cosas y más cosas hasta que se acabó el barro. Entonces las metió todas en un horno, para que se secaran y endurecieran, y después las pintó con esplendorosos colores. Y cuando Buu ya se había olvidado de él y del barro, y estaba tan tranquilo tomándose un bocadillo de membrillo, vio aparecer a Peluso arrastrando otra vez la carretilla.

—¡Huy! —dijo Buu subiendo los brazos y, al bajarlos, se le cayó el membrillo del bocadillo.

Peluso ya entraba en casa de Buu. Los esplendorosos colores de las cosas de barro brillaban en su carretilla.

—Buenos días, Buu —dijo Peluso señalando sus obras—. Son a dos euros la pieza.

Buu no lo entendió, porque como en Butibato no hay dinero y él no había leído tanto como Peluso, pues no sabía lo que eran euros y se quedó muy parado.

—¿Es que no te gusta nada? —preguntó Peluso con gran extrañeza.

Y Buu contestó que sí, señaló el bigote y dijo que le gustaba muchísimo. Y es que se creyó que era un barco, y a él los barcos le encantaban.

—Pues son dos euros —insistió Peluso alargándose.

Y como Buu no sabía lo que hacer, agarró el barco, digo el bigote, luego cogió el membrillo, lo limpió muy bien con una toallita «limpia comida caída», lo volvió a meter entre el pan y se lo dio a Peluso a ver si colaba.

Y coló, Peluso dijo que bueno, que aproximadamente eso valdría dos euros. Y es que a Peluso, cuando vio a Buu comiendo el bocadillo, le había apetecido muchísimo darle unos cuantos mordiscos. Así que se marchó contento camino de casa de Don Ron comiéndose el bocadillo y pregonando:

—¡A dos euros la pieza!

Y Erito que lo oyó pensó:

«Este con tal de armar jaleo ya no sabe lo que inventar».

Peluso entro en casa de Don Ron.

—Buenos días, Majestad —dijo muy solemne—. Son a dos euros la pieza.

A Don Ron, al oír lo de «euros», se le torcieron las narices de la sorpresa, y Peluso, que era muy listo y sabía mucho de monedas, pensó: «Este se ha quedado en su época», y añadió:

—También admito pesetas.

Efectivamente, al oír lo de «pesetas», a Don Ron se le volvieron a poner las narices derechas y sin decir nada se dirigió a una balanza muy antigua, que tenía para pesar los pimientos antes de rellenarlos y, luego, volverlos a pesar una vez rellenos a ver lo que habían engordado. Las pesas del peso se habían ido perdiendo, pero Don Ron las había sustituido por piedras, a las que él seguía llamando pesas, menos a las más regordetas a las que llamaba pesetas. Así que cogió dos, se las dio a Peluso y se quedó con la taza de barro, porque como se acababa de romper la que tenía, pues le venía muy bien.

«Ya cogeré más pesetas —pensó—, por el río hay muchas».

Peluso se quedó algo parado ante el cambio, y ya se iba a poner a discutir, cuando pensó que mejor lo dejaba, porque una de las piedras, o sea una peseta, era de color amarillo muy brillante y a lo mejor era de oro, y aunque no lo fuera, la piedra era muy bonita. Así que se marchó a casa de Erito a seguir haciendo buenos negocios.

—Buenos días, Erito —dijo Peluso—; son a dos euros la pieza.

A Erito le gustó mucho el pez que Peluso tenía en la carretilla, pero como no llevaba euros se puso de muy mal humor.

—Es un abuso —dijo—. Peluso, eres un abusica.

Peluso dijo que no, porque las piezas estaban hechas a mano.

—Pero no tendrías que haber pedido euros, y menos dos —seguía Erito—. Peluso, eres un abusica.

Peluso y Erito se liaron en una discusión, y Erito por poco pega a Peluso, y Peluso por poco muerde a Erito. Pero al final se pusieron de acuerdo y Erito dio a Peluso un cuaderno para pintar, y se quedó con el pez. Peluso se fue la mar de satisfecho, pues precisamente tenía muchos lápices de colores y ningún cuaderno, y se dirigió a casa de Pizcochón.

—Buenos días, Pizcochón; a dos euros la pieza —dijo Peluso entrando.

Y Pizcochón se puso muy contento, cogió la flor que Peluso tenía en la carretilla y la colocó en su mesa de noche. Luego cogió un papel, lo partió en dos y se lo dio a Peluso.

—Uno y dos —contó Pizcochón muy serio.

Peluso iba a ponerse a discutir otra vez, pero Pizcochón parecía tan contento y era tan pequeño que Peluso lo dejó, pensando que con niños ya se sabía que no se podía hacer negocios, y se fue a ver a Gusi.

—Buenos días, Gusi; a dos euros la pieza.

Gusi se inclinó para ver lo que había en la carretilla, y se cayó dentro.

—Me lo ha espachurrado todo —se decía Peluso horrorizado.

Pero no, Gusi no había espachurrado nada, porque como se había caído de tripa, y su tripa era muy blandita, no había roto nada. Se levantó tan campante y dijo que le gustaba mucho el pito, pero que no tenía euros.

—No importa —dijo Peluso, que después de todos lo percances de ese día, se había vuelto muy transigente—, lo puedes pagar en especies —y es que Peluso sabía muchísimo de comercio y formas de pago.

Gusi no sabía tanto como Peluso, pero se puso muy contento porque había oído que la pimienta era una especie. Así que fue a la cocina y trajo un frasco, y ¡qué casualidad! Resultaba que a Peluso le gustaba mucho la pimienta.

«Sobre todo cuando se le mete a uno por las narices y le hace estornudar —pensaba—. ¡Es más divertido!».

Pero Gusi se cayó y el frasco salió por los aires. Peluso pensó que se había quedado sin pimienta. Pero ¡qué va! El frasco fue a caer encima de la blandita tripa de Gusi y no se rompió.

—¡Dámelo! —dijo Peluso ansioso.

Pero Gusi no quiso dárselo todavía. Cogió el pito, sopló y resultó que el pito no pitaba.

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso—. Pues yo creía que al tener dos agujeros sí pitaría.

Gusi le miraba muy fijo, y Peluso empezaba a ponerse nervioso. Le estaba pareciendo que tampoco iba a hacer negocio esta vez. Pero Gusi halló la solución: abrió el frasco, vació la mitad de la pimienta en un plato, luego lo volvió a cerrar, y así, a medio llenar, se lo ofreció a Peluso a cambio del pito, porque, aunque no pitara, le gustaba. A Peluso le pareció bien el trato, y Gusi, contento, cogió el plato con la otra mitad de la pimienta para guardarlo en la despensa, pero dio un traspiés al revés y la pimienta voló hasta el techo. Luego bajó y volvió a caer en el plato, pero toda la habitación se llenó de esencia de pimienta y Peluso y Gusi estuvieron estornudando un buen rato, y se lo pasaron fenomenal, ríe que te reirás entre yo estornudo y tú estornudarás.

Peluso salió de allí bastante satisfecho y como lo único que le quedaba de sus obras de barro era el pájaro, decidió quedárselo de recuerdo, porque además, ¡lo que son las cosas!, era el que le gustaba más «sobre todo cuando lo miro de medio lado», pensaba.

Al llegar a su casa Peluso hizo recuento, y resultaba que ese día había ganado: un bocadillo de membrillo, una piedra que a lo mejor era de oro, un cuaderno para pintar, dos trozos de papel («pueden servir para envolver», se dijo Peluso), medio frasco de pimienta y un pájaro de barro, que, sobre todo, mirado de medio lado, era un pájaro muy agraciado.

Peluso estaba satisfechísimo.

¿BATUATOS? ¿TABAUTOS?

¡¡¡BATAUTOS!!!

Una carta para ti

AÚN no había amanecido y todo estaba oscuro cuando Don Ron agarró una cacerola y una sartén, y empezó a golpearlas fuertemente mientras se paseaba por el bosque, para despertar a los batautos.

¡Y de verdad que lo consiguió! Peluso, por ejemplo, se despertó tan bien y con tanta vitalidad al oír el estruendo, que dio un salto enorme en la cama y chocó contra el techo. Luego salió de su casa a todo correr, sin siquiera pararse a pensar dónde iba, y, en esto, vio a Buu y a otros batautos que también corrían. Peluso se unió a ellos, y todos juntos en pelotón llegaron a un prado, y allí se pararon, sin que ni uno supiera muy bien por qué. Bueno, digo yo que quizá fuera porque el estruendo se había dejado de oír, y, además, porque estaban muy cansados.



Entonces, iluminado por rayos de luna, apareció Don Ron. Iba vestido con un elegante traje verde pálido, que contrastaba con los simples camisones y pijamas de sus súbditos. En su cabeza resplandecía una corona de oro y plata, mientras que con su mano derecha sostenía una cacerola y con la izquierda una sartén, las dos muy fregadas y brillantes.

Era tal la majestuosidad que se desprendía de toda su persona, que los batautos estaban mudos contemplándole, y entonces Don Ron empezó a hablar:

—Queridos súbditos —dijo con su voz clara y serena—, os he despertado porque quería contaros lo que me ha pasado esta noche: estaba durmiendo cuando me despertaron unos golpecitos en el hombro. Abrí los ojos y entonces Alguien me cogió.

—¿Quién era? —quiso saber Buu.

—¡Pues Alguien! —chilló Don Ron enfadado—. Sí, Alguien me cogió de la mano y, en un rayo de luz estelar, me transportó lejísimos. Fue maravilloso —siguió contando—. Resulta que llegamos a muchos sitios a la vez. Eran hogares donde viven seres humanos, y vosotros también estabais allí.

Al oír esto, Buu empezó a ponerse nervioso.

—Habrá que hacer las maletas —interrumpió—. Si es que nos vamos, habrá que hacer las maletas.

—Ssshhh —le mandó callar el batauto de delante.

Y el pobre Buu se calló algo avergonzado, y empezó a hacerse un nudo en el camisón para que no se le olvidara meter el cepillo de dientes en su maleta. Luego se hizo otro para acordarse de recordar a Peluso que también metiera el suyo, pero entonces oyó a Don Ron que decía:

—Y cuando las niñas y los niños leen nuestros libros, nosotros nos metemos dentro de sus cabezas.

—¿Dónde, dónde? —gritó Buu sin poderse contener.

—Ssshhh —dijo el batauto de delante muy enfadado.

Pero Don Ron repitió:

Dentro de sus cabezas, y dentro de sus corazones también.

Buu dejó de pensar en el cepillo de dientes. La idea de estar dentro de la cabeza y el corazón de unos niños y unas niñas le tenía fascinado.

—¡Anda! —exclamó.

—Si Buu no se calla, yo me marcho —chilló Erito de muy mal humor. Y Pizcochón, que se había quedado dormido, se despertó al oírle y dijo:

—Eso es —y se volvió a dormir.

Buu se calló, y Don Ron siguió hablando:

—Y a mí me gusta mucho eso, porque es señal de que los niños y niñas piensan en nosotros y son amigos nuestros.

Al llegar a este punto del discurso, se produjo un gran revuelo entre los batautos. Unos gritaban:

—¡Dadle aire!

Y otros:

—¡Traed un frasco de sales!

Y lo que pasaba era que Buu, a quien la noticia de que tenía muchos amigos niños le había pillado en ayunas, se había desmayado y no volvió en sí hasta que Peluso le trajo de su casa un tazón de café con leche y un paquete de galletas para mojar.

—¿Has oído, Peluso? —decía Buu, que ya estaba casi repuesto después de tomarse seis galletas—. ¿Has oído eso de que somos amigos de niños y niñas? ¡De esos seres con ombligo!

—Cálmate, Buu —dijo Peluso, pues estaba viendo que con tanto nervio se podía desmayar otra vez.

Pero entonces Don Ron, que no había parado de hablar durante todo ese tiempo, harto de que nadie le escuchara, golpeó de nuevo la cacerola contra la sartén, y de un salto todos los batautos volvieron a su sitio y se callaron. Solo Buu siguió diciendo:

—¡Tienen ombligo! Peluso me lo dijo ayer. ¡Tienen ombligo!

—Ssshhh —le mandaron callar.

Y Buu, en vista de eso, se puso otra vez a comer galletas mojadas en café con leche.

—Y ahora el peligro está —continuó Don Ron— en que los libros se van a acabar.

—¿Qué libros? —preguntó Buu con la boca llena.

—¡Qué amordacen a Buu, que le amordacen para que no pueda hablar! —gritó Erito.

Pero Buu le miró despectivamente, y siguió comiendo galletas sin hacerle caso, mientras Pizcochón repetía medio dormido: «eso es», y Don Ron explicaba:

—Los libros que hablan de nosotros, ¿ya no recordáis que nos llegaron algunos atados a un globo?^[6] Y a lo mejor, ahora que acaban, van los niños y las niñas y nos olvidan.

—¡No, no! —gritaron todos los batautos casi al unísono. Hasta Erito gritaba, olvidándose por completo de que había que amordazar a Buu para que no hablara. Pizcochón dejó de decir «eso es» para gritar también: «¡No, no!».

Y Buu, por su parte, estaba congestionado de lo fuerte que chillaba, y luego se atragantó con los pedazos de galletas que aún tenía en la boca. Y Peluso tuvo que darle muchos golpes en la espalda para que no se ahogara.

—Corramos a decirles a los niños y niñas que no nos olviden, que queremos ser sus amigos para siempre —dijo Peluso cuando vio que Buu ya respiraba normalmente.

—Ya decía yo que había que hacer las maletas —dijo Buu.

—Eso —asintieron todos—. Vamos a decírselo.

—No puede ser. Los niños viven lejísimos, en un sitio misterioso del que no sabemos el camino. Nos tendría que llevar Alguien —explicó Don Ron.

—Pues llamemos a Alguien y que nos lleve —chilló Erito impaciente.

—Pero ¿a quién? —preguntó Don Ron.

—¡A Alguien! —gritó Erito enfadadísimo.

—¡Ah! ¡A Alguien! —dijo Don Ron—. ¿Y dónde está? ¿Dónde vive?

¡Qué problema! ¡Nadie lo sabía!

—¿Y si les mandamos un *globograma*? —sugirió Buu, que ya estaba más tranquilo.

—Eso no, porque se puede perder. Me he enterado de que ese que mandamos a la escritora se perdió^[7] —dijo Don Ron.

Los batautos se quedaron callados, muy tristes y preocupados, y entonces, cuando Pizcochón se iba a poner a llorar a berrido limpio, se oyó un grito jubiloso:

—Pero ¡qué cabeza la mía! ¡Si se me olvidaba lo mejor! —exclamó Don Ron—. Después del

viaje de vuelta, que por cierto debe de ser más corto que el de ida pues me encontré de golpe debajo de mi cama, Alguien se asomó por debajo de la colcha y me dijo: «Diles a los demás que a todos no los puedo llevar, pero que si quieren mandar algún recado a los niños, que lo metan aquí, debajo de esta cama, que mañana a medianoche vendré a recogerlo».

La cara de preocupación de los batautos se iluminó de alegría al oír estas palabras.

—¡Escribamos una carta! —dijo Buu.

—¡Eso, eso! —decían todos menos Peluso, que de Buu no se fiaba—. Escribámosla.

Y Peluso lo pensó y al fin dijo humildemente:

—Bueno, pero la escribiré yo para que salga mejor.

—¡De eso nada! Yo les quiero decir muchas cosas.

—¡Y yo todavía más!

La que se armó. Todos gritaban, todos tenían cosas que decir, todos querían escribir la carta.

Menos mal que Peluso, que era muy listo, puso un poco de orden.

—¡Silencio! —dijo—. Todo se dirá.

Nombró a Buu secretario de redacción y le dijo que se fuera a su casa a apuntar todo lo que querían decir los batautos. Enseguida se formó una gran cola delante del despacho de Buu, que escribía y escribía. Era ya más de media mañana cuando el pobre Buu, después de haber tenido que sacar siete veces punta a su lápiz, terminó la tarea. Entonces, cargado de hojas, se dirigió a casa de Peluso, seguido de los demás batautos, que no querían perder el rastro de sus confidencias.

Entre Peluso y él examinaron lo escrito y resultó que ¡todos querían decir las mismas cosas!

—La carta estará escrita dentro de una hora —anunció Peluso desde la ventana a los otros batautos que esperaban fuera—. Y os la leeré para que veáis que se ha dicho todo lo que queríais —volvió a cerrar la ventana y, ayudado por Buu, empezó a redactar la carta.

Mientras, los demás batautos corrieron a sus casas a escoger regalos para los niños, y, cuando Peluso y Buu terminaron de escribir, ellos también escogieron dos buenos regalos: Peluso, un kilo de patatas, y Buu, una caja llena de hojas de otoño.

Luego, Peluso volvió a abrir la ventana y leyó la carta a los batautos, que ya hacía tiempo que estaban ahí esperando, cargados con sus regalos, muy impacientes, y algunos hasta empujaban para acercarse más a la ventana. Cuando Peluso acabó, todos le aplaudieron por su buena redacción. La verdad es que Peluso y su ayudante Buu se habían esmerado muchísimo. Nunca habían puesto tanto cuidado en hacer una cosa bien. Buu, que seguía actuando como secretario, cogió la carta y la metió en un sobre que ponía: «Muy señores míos, niños y niñas del planeta Tierra».

—Buu —dijo entonces Peluso—, busca un saco para los regalos.

Y Buu salió a todo correr y empezó a dar vueltas por esos alrededores muy deprisa y preocupado porque no encontraba ningún saco, hasta que Gusi le sopló que detrás de la casa de Erito había uno, y Buu lo trajo corriendo. Entonces, entre todos, metieron en él los regalos, Buu ató la carta al saco y corrió a dejarlo debajo de la cama de Don Ron.

A la mañana siguiente, sin que yo me diera cuenta, Alguien debió de dejarlo todo encima de la cama, porque resultó que allí lo encontré. Muy señores míos, niños y niñas del planeta Tierra, los

desde la ventana? Pues dijo:

—Bah, bah, bah. ¡A ver si es verdad eso de la sonrisa! Sería lo mejor que ha hecho en su vida esa tonta que escribe nuestros libros.

¿Cómo no iba a decir algo así el gruñón de él? Bueno, a lo de «tonta» no quiero hacer comentarios. Ya se sabe que Erito siempre está refunfuñando, pero también como siempre lleva algo de razón: ¡Sería lo mejor que he hecho en mi vida!





CONSUELO ARMIJO NAVARRO-REVERTE. Nace en Madrid el 14 de diciembre de 1940 y fallece en esa misma ciudad el 22 de junio de 2011.

Sus primeros cuentos aparecen en las revistas infantiles Bazar y La Ballena Alegre.

Su labor de escritora la complementó ocasionalmente como ilustradora, como en la obra de Las tres naranjas del amor y otros cuentos españoles, de Carmen Bravo Villasante.

Realizó adaptaciones de cuentos clásicos y colaboró en la creación de algunos libros de texto.

En su obra cultivó un humor cercano al absurdo y al “*nonsense*”. Los batautos son el mejor ejemplo de este humor, «... unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo, algunos listos, otros tontos y hasta puede que uno esté loco». En 1974 obtuvo el Premio Lazarillo de Creación.

Los batautos fue seleccionada en el VI Simposio sobre literatura Infantil y lectura, organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en junio de 2000 como una de las cien obras de la Literatura Infantil española del siglo XX.

Este libro es el primero de una serie en la que los batautos son los principales personajes. Según Jaime García Padrino «esta narrativa fantástica corresponde al cultivo del absurdo y el disparate humorístico, cercano a los elementos característicos del “*nonsense*” anglosajón y con una visión propia de un superrealismo infantil».

Notas

[1] Ver «*Los batautos en Butibato*». <<

[2] Alimento que solo existe en Butibato. <<

[3] Ya sabéis, y si no, os lo digo ahora, que los pájaros son los únicos animales que existen en Butibato. <<

[4] Peluso y Buu se referían a los cantos rodados, que son piedras que, a fuerza de rodar arrastradas por los ríos, se vuelven pulidas, brillantes y, algunas, hasta transparentes. <<

[5] Peluso, que sabía mucho, se refería a la batalla de Waterloo en la que derrotaron a Napoleón.

<<

[6] Ver "*Los batautos en Butibato*" <<

[7] Ver "*Los batautos en Butibato*" <<

[8] Ver "*Los batautos*" <<